

BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

¿dónde están las joyas, Marlowe?

Joseph berna



**SERVICIO
SECRETO**



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.349 — Un guardaespaldas para Sally.
- En Colección KANSAS:
843 — La elección de miss Oklahoma,
- En Colección COLORADO:
841 — Un osado californiano.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
164 — La heredera del Cinco Estrellas,
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
225 — Camino de Wyoming.
- En Colección PUNTO ROJO:
746 — El muerto tiene cosquillas,

JOSEPH BERNA

¿DONDE ESTAN LAS JOYAS, MARLOWE?

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.362

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 30.853 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1976

© Joseph Berna - 1976

texto

© Jorge Sempere - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Humphery Warbeck, director de la prisión, un cuarentón de rostro enérgico y cabello muy negro, extendió el brazo, en cuya mano sostenía una cajetilla de emboquillados. —¿Un cigarrillo, Marlowe?— ofreció, con una leve sonrisa, al hombre que tenía ante sí. —Gracias— respondió Bruce Marlowe, aceptando la invitación. Estaba sentado en una silla, al otro lado de la amplia mesa del despacho del director del recinto penitenciario, que ocupaba el sillón de cuero que había tras ella. Bruce Marlowe era un tipo de facciones correctas, cabello oscuro, ojos negros, muy brillantes, alto y fuerte. Tenía treinta y dos años, y un poblado bigote le cubría casi totalmente el labio superior. Se puso el cigarrillo entre los labios y se introdujo la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta, donde tenía su encendedor de gas.

No fue necesario que lo sacase.

El teniente Lorimer, que permanecía de pie, a su izquierda, ya le estaba ofreciendo la llama del suyo.

Bruce Marlowe aproximó el extremo del cigarrillo a la rojiza llama y le prendió fuego.

—Gracias, teniente —dijo, tras expulsar una bocanada de humo.

—De nada —sonrió Red Lorimer, guardándose el encendedor.

Era un hombre de mediana estatura, pero corpulento. Tenía el cuello grueso y corto, la frente ancha, las cejas muy espesas, la nariz aplastada y el mentón cuadrado. Estaba próximo a cumplir los treinta y ocho años.

Más que un teniente de policía, parecía un boxeador retirado.

Humphery Warbeck dijo:

—Bien, Marlowe, hoy se cumple su condena.

—Sí —cabeceó Bruce.

—Dos años de prisión, que han quedado reducidos a sólo dieciocho meses, como premio a su buen comportamiento.

Bruce sonrió con ironía.

—Soy un buen chico, señor Warbeck.

—¿Va a seguir siéndolo, cuando cruce la puerta de la prisión?

—Seguro.

—Más vale así, porque si volviera a robar, la condena sería mucho mayor, por su condición de reincidente.

—¿Si volviera a qué...?

—A robar.

—¿Es que yo he robado alguna vez...?

—Por lo menos, una, que se sepa. En la joyería de la calle Emerson. Por eso le condenaron a dos años de prisión.

Bruce Marlowe sacudió la cabeza.

—Eso no es cierto, señor Warbeck, y así se lo dije al juez, aunque él no quiso creerme.

El teniente Lorimer intervino:

—¿Todavía sigues con eso, Marlowe?

—Es la verdad, teniente —respondió Bruce.

—No, no es la verdad. Mientes descaradamente, como mentiste entonces. Fuiste tú quien entró aquella noche en la joyería de la calle Emerson, y te llevaste alrededor de veinticinco mil dólares en joyas. Y no te llevaste más porque empezó a sonar la alarma, viéndote obligado a huir precipitadamente del establecimiento. Segundos después, en el primer callejón de la derecha, eras atrapado por los agentes que patrullaban aquel sector de la ciudad.

Bruce Marlowe aspiró el humo del cigarrillo y luego lo expulsó pausadamente.

—Los agentes se equivocaron de hombre, teniente, y mientras caían sobre mí como lobos hambrientos, el ladrón huía tan tranquilamente.

Red Lorimer le miró con dureza.

—El ladrón eras tú, Marlowe. Casualmente, el coche patrulla no se hallaba lejos de la joyería cuando empezó a sonar la alarma, y los agentes llegaron a tiempo de verte salir del establecimiento.

Bruce chascó la lengua repetidas veces, mientras negaba con la cabeza.

—Perdone que le rectifique, teniente Lorimer, pero los agentes sólo vieron salir a un tipo que corría que se las pelaba en dirección al primer callejón de la derecha. No pudieron verle bien la cara.

—Lo suficiente para identificarte más tarde, cuando te alcanzaron en el callejón —masculló Lorimer.

—Dijeron que era yo para no quedar en ridículo.

—¡Te vieron correr por el callejón! —se exaltó el teniente Lorimer, dando una palmada sobre la mesa del director de la prisión.

—Eso es cierto, teniente —admitió Bruce—. Pero no huía de ellos, sino de un tipo con aspecto de luchador de *catch*, como ya expliqué en su momento. El tipo me sorprendió con su novia, una rubia que está como Diana Dors cuando tenía veinticinco años, muy cariñosa y complaciente ella, además, y me vi obligado a salir de su casa como una flecha. Él enamorado de la rubia salió detrás de mí, dispuesto a hacer longanizas conmigo.

—¡El tipo no apareció por el callejón! —recordó Lorimer.

—Por lo visto logré despistarlo.

—¡Y tú te negaste a dar el nombre de la rubia!

—Para no meterla en líos.

—¡Y un cuerno! —rugió Red Lorimer—. ¡Lo que pasa es que no existen ni la rubia ni su novio, todo es invención tuya!

—Le doy mi palabra de que ambos existen, teniente —insistió Bruce—. Además, que todo cuanto digo es cierto, lo prueba el hecho de que, cuando los agentes me atraparon, yo no llevaba encima las joyas que según usted robé. ¿Qué hice con ellas, me las tragué?

—¡Tú sabrás cómo te deshiciste de ellas!

—Yo qué voy a saber.

—¡Estoy seguro de que las escondiste en el callejón!

—Oh, vamos, teniente... Usted y sus hombres habrán revisado docenas de veces ese callejón, ¿a que sí? Si yo hubiese dejado las joyas en algún escondrijo, ustedes las hubieran encontrado. ¿No opina usted igual, señor Warbeck?

El director de la prisión no dijo nada.

Siguió observando fijamente a Bruce Marlowe, con un brillo irónico en las pupilas.

Las de Red Lorimer también brillaban, pero de furia.

Bruce Marlowe le sacaba de quicio, no podía evitarlo. Cada vez que hablaba con él, acababa con los nervios a flor de piel.

Se pasó una de sus manazas por la cara y trató de serenarse.

Bruce, muy tranquilo, consumió unos milímetros más de tabaco.

Transcurrieron unos segundos en silencio.

Finalmente, Lorimer gruñó:

—Está bien, Marlowe, no hablemos más de esas malditas joyas.

—Por mí, encantado —repuso Bruce—. El asunto me molesta tanto como a usted. Más, incluso, porque no es agradable pasarse dieciocho meses entre rejas, pagando por un delito que uno no ha cometido. En fin, mejor olvidarlo... —susurró resignadamente.

El teniente Lorimer estuvo a punto de estallar de nuevo, pero logró dominarse, aunque lo suyo le costó.

—¿Tienes ya todas tus cosas, Marlowe? —Gruñó.

—Sí, teniente —asintió Bruce—. Me las devolvieron antes de venir al despacho del señor Warbeck.

—Entonces, vamos.

Bruce frunció el ceño.

—¿Vamos...? ¿Adonde, teniente?

—Te llevaré a tu casa en mi coche.

—Oh, no es necesario que se moleste, teniente Lorimer. Tomaré el autobús.

—¿Es que vas a rechazar mi ofrecimiento, Marlowe? —Volvió a

gruñir Lorimer.

Bruce sonrió irónicamente.

—¿Me promete usted no hablarme de las dichas joyas durante el camino, teniente?

Lorimer rezongó algo por lo bajo y luego accedió:

—Prometido, Marlowe.

—En ese caso, acepto su amable ofrecimiento.

Bruce aplastó el resto del cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesa y se puso en pie.

Humphery Warbeck también se levantó.

—Suerte, Marlowe —deseó, ofreciéndole la diestra.

Bruce se la estrechó.

—Gracias, señor Warbeck.

—¿Puedo darle un consejo, Marlowe?

—Desde luego.

—Si escondió usted las joyas, piénseselo dos veces antes de volver al callejón.

—Señor Warbeck...

El director de la prisión no le dejó continuar.

—Si las escondió en el callejón, tiene usted dos caminos: volver por ellas, para venderlas y obtener un dinero, o decírselo al teniente Lorimer, para que sea él quien las recupere y las devuelva al dueño de la joyería. Este último camino, Marlowe, es sin duda el más indicado, el que más le conviene a usted.

—No sé nada de esas joyas, señor Warbeck —repitió una vez más Bruce.

Humphery Warbeck se limitó a sonreír, sin añadir nada más.

—Vamos, Marlowe —indicó Lorimer.

—Sí, teniente.

Red Lorimer y Bruce Marlowe abandonaron el despacho del director del recinto penitenciario.

Minutos después, en el «Ford» del teniente, circulaban por la carretera que conducía a Denver, la capital del estado.

Durante un buen rato, ninguno de los dos habló, aunque Lorimer estaba deseando hacerlo.

Por fin, se decidió a romper el silencio:

—El señor Warbeck tiene razón, Marlowe.

—¿A qué se refiere, teniente?

—Tú sabes perfectamente a qué me refiero.

—A las joyas, claro.

—Sí.

—Teniente, prometió usted no hablarme de eso... —recordó Bruce.

—Lo sé.

—Pues no rompa su promesa.

—¡Al diablo mi promesa!

—No se excite, teniente, no sea que pierda el control del coche y nos la peguemos.

—No te preocupes, sé cómo se conduce un automóvil —gruñó Lorimer.

—Sí, no lo pongo en duda, pero una distracción...

—Dime dónde las escondiste, Marlowe.

—Por favor, teniente... —rogó Bruce—. ¿Cuántas veces tengo que decirle que no fui yo quien robó esas joyas?

—No te creería ni aunque me lo repitieses un millón de veces.

Bruce Marlowe encogió los hombros.

—Allá usted, teniente.

—Voy a decirte algo, Marlowe. Mis hombres vigilarán día y noche el callejón, haciendo imposible que puedas recuperar las joyas sin ser visto.

Bruce rió.

—Pero qué cabezota es usted, teniente.

—¡No me llames cabezota!

—¿Terco...?

—¡Tampoco!

—¿Obstinado...?

—¡No me llames nada!

—Como quiera.

—¡Y te lo advierto, Marlowe! ¡Cuando intentes hacerte con las joyas, caerás en mis manos!

Red Lorimer se calló.

Ya no volvió a abrir la boca hasta que llegaron a la calle Hollins.

Detuvo el coche ante el número 89 y gruñó:

—Abajo, Marlowe.

—Gracias por haberme traído, teniente Lorimer —dijo Bruce, y salió del vehículo.

—No olvides mi advertencia.

—Qué pesado es usted, amigo mío.

—¡Volveremos a vemos, Marlowe!

—No se ofenda usted, teniente, pero preferiría no verle más.

—¡No tendrás esa suerte! —masculló Lorimer, e hizo que el «Ford» se pusiese nuevamente en movimiento.

Bruce esperó a que el coche del teniente Lorimer se perdiera de vista y luego entró en el portal del edificio, en cuya tercera planta tenía su apartamento.

Caminó hacia el ascensor.

Entró en él y pulsó el botón de la planta correspondiente.

El artefacto mecánico se fue para arriba.

Segundos después, Bruce Marlowe introducía la llave en la cerradura de la puerta 12-F y la hacía girar.

La puerta se abrió.

Bruce entró en su apartamento.

Hizo una mueca, porque había polvo en grandes cantidades.

Lógico, teniendo en cuenta que habían transcurrido dieciocho meses desde que Mildred, la vieja y gruñona asistente, lo limpiara por última vez.

Tendría que avisarla de que ya había salido de la cárcel.

Bruce echó a andar hacia su dormitorio.

Estaba a punto de alcanzarlo, cuando sonó el timbre del apartamento.

Bruce arrugó el ceño, mientras se preguntaba quién diablos podría ser.

Giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta.

Abrió.

Había dos tipos en el corredor.

Y qué par de ejemplares...

CAPÍTULO II

Los dos eran fuertes como robles.

El de la derecha tenía el pelo rojo y rizado, la nariz tipo garfio, la boca de rana y las mejillas llenas de muescas, como si alguien se las hubiese pellizcado con unas pinzas metálicas.

Era feo en avaricia, el tío.

Pero su compañero no le andaba a la zaga en este aspecto.

Tenía el cabello negro y grasiento, excesivamente salidos los huesos de la frente, el ojo derecho miraba hacia donde le daba la gana, porque el tipo era bizco de ese lado, el tabique nasal desviado, sin duda a causa de un castañazo bien dado, los dientes grandes y mal alineados, y una cicatriz en el mismo centro de la barbilla, dividiéndosela en dos.

Como para asustar al mismísimo Edgar Allan Poe, vamos.

Bruce Marlowe los conocía a los dos.

El pelirrojo se llamaba Clark Britton.

El bizco, Jeff Eliot.

Ambos estaban a las órdenes de Gordon Carter, un tipo sin escrúpulos, siempre deseoso de conseguir dinero, de quien fuera y como fuese.

Britton y Eliot no eran los únicos matones que trabajaban para Carter. Tenía algunos más.

Bruce observó a la pareja de gorilas, sin despegar los labios.

Ellos también le miraron en silencio durante algunos segundos.

Fue Britton el primero en hablar, por su boca de anfibio.

—Hola, Marlowe —dijo, formando con sus gruesos labios algo que pretendía parecer una sonrisa, pero que distó mucho de serlo.

Más parecía que el pelirrojo estaba olfateando carne de gato en estado de descomposición.

O que le dolía el hígado.

O los juanetes.

—¿Qué tal te ha ido por «chirona»? —preguntó Eliot, mirando con el ojo izquierdo a Marlowe y con el derecho a su compañero.

También él quiso sonreír, pero no le salió mejor que al pelirrojo.

—No puedo quejarme, muchachos —respondió Bruce—. Me han tratado bien.

—Nos alegramos de ello —dijo Britton.

—Sí, lo celebramos de veras —manifestó Eliot—. Especialmente, el que te hayan soltado seis meses antes de lo previsto.

—¿Cómo averiguasteis que salía hoy de la cárcel? —inquirió Bruce.

Jeff Eliot descorrió los labios mucho más y mostró totalmente su dentadura de caballo.

—El jefe siempre se entera de todo, Marlowe. De todo lo que le interesa saber, claro.

—Y estaba muy interesado en saber cuándo te ponían en libertad —añadió Clark Britton, pellizcándose el gancho nasal.

—¿Ah, sí? —repuso Bruce.

—Sí —respondió Eliot, pasándose los dedos por el costurón de la barbilla.

Bruce no hizo más preguntas.

El pelirrojo Britton comunicó:

—El jefe quiere hablar contigo, Marlowe.

—¿Conmigo?

—Sí.

—Bien, decidle que un día de éstos me pasará por el club.

Eliot sacudió la cabeza negativamente, lo cual hizo que la bola del ojo averiado le rebotase de un extremo a otro, como si con ella estuviesen jugando al tenis Jimmy Connors y Manuel Orantes.

—Un día de éstos no, Marlowe —dijo—. Ha de ser hoy.

—¿Hoy...?

—Ahora —agregó Britton.

Bruce hizo un gesto negativo.

—Lo siento, muchachos, pero en este momento no puedo ir a ver a Carter. Tengo muchas cosas que hacer.

—Las dejas para más tarde —dijo Eliot.

—Lo lamento, no puedo dejarlas para luego.

Britton cobró una actitud claramente amenazante.

También su compañero.

—Vas a venir con nosotros, Marlowe —masculló el pelirrojo.

—Por las buenas o por las malas —añadió el bizco.

Bruce los miró a los dos, fríamente.

—No me gustan las amenazas, muchachos.

—En marcha, Marlowe —ordenó Britton.

—He dicho que no.

El pelirrojo le soltó el puño derecho.

Bruce, que ya esperaba algo así, movió la cabeza a tiempo y la maza de Clark Britton sólo le hizo aire en la oreja.

La respuesta de Bruce fue instantánea.

Le incrustó los nudillos en un pómulo y lo tiró de espaldas.

Casi al momento, el puño diestro de Jeff Eliot percutía en la mandíbula de Bruce Marlowe.

Bruce se vio impulsado hacia atrás, tropezó con algo, perdió el equilibrio y acabó sentado en el suelo.

Eliot penetró en el apartamento y caminó hacia él.

Britton ya se había levantado del suelo del corredor.

Entró también en el apartamento y cerró la puerta.

Bruce acababa de incorporarse, masajeándose el mentón.

Prestó mucha atención a los puños de Eliot, y cuando éste le envió el izquierdo, se lo desvió con el antebrazo y rápidamente disparó su zurda, al rostro.

Sonó un chasquido y el bizco se derrumbó aparatosamente, derribando una silla.

Britton masculló un juramento y fue hacia Marlowe.

Quiso golpearle con la derecha.

No pudo.

Bruce se le anticipó, clavándole, primero, un puño en el hígado, y cuando el pelirrojo se dobló hacia adelante, soltando un rugido de dolor, lo irguió con un formidable gancho.

Britton todavía recibió un tercer golpe, en la quijada.

Se vino abajo instantáneamente.

Eliot ya estaba en pie.

Disparó un salivazo rojizo y fue en busca de Marlowe, con las mandíbulas fuertemente apretadas.

Bruce le esperó.

Cuando Eliot le tiró un puño a la cara, burló hábilmente el golpe y contraatacó con un seco mazazo al plexo solar.

El bizco lanzó un bramido, para lo cual abrió la boca exageradamente.

Y no la cerró, porque notó que empezaba a faltarle el aire.

Con las fauces de par en par, y la cara amoratándosele por segundos, todavía estaba mucho más feo.

Bruce se las cerró de golpe, atizándole en el maxilar inferior.

Milagrosamente, Eliot continuó en pie.

Peor para él.

Bruce le alojó un puño en el ojo derecho, el malo.

Jeff Eliot sí perdió la vertical esta vez.

Quedó tendido de espaldas en el suelo, con los brazos abiertos, sin fuerzas, por el momento, para levantarse y reanudar la pelea.

La bola del ojo averiado se le movía alocadamente, como si estuviese bailando un *rock and roll*.

Evidentemente, el órgano visual estaba mucho más averiado ahora.

Clark Britton estaba tratando de incorporarse, pero no lo

conseguía. También a él, como a su compañero, los puños de Bruce Marlowe le habían minado considerablemente las fuerzas.

En aquel momento, la puerta del apartamento se abrió, dejando ver a una joven de unos veintitrés años.

La chica era una preciosidad.

Cabello rubio, largo y liso, ojos azules, suavemente rasgados, nariz pequeña, muy graciosa, labios finos, de perfecto trazo, dientes menudos, muy blancos.

Llevaba una blusa roja, anudada unos centímetros más abajo del busto, pleno y firme. Los pantalones eran blancos, y la ceñían mucho, resaltando la suave curva de sus caderas. Se cubría los pies con unas chinelas azules.

A Bruce Marlowe casi se le escapa un silbido de admiración.

Sus ojos recorrieron de arriba abajo la espléndida figura de la muchacha, deteniéndose unos segundos en el palmo de piel morena que quedaba visible entre la blusa y el pantalón.

Hasta el ombligo era una monería.

La joven, con ojos perplejos y la boca abierta, miraba a los dos hombres que se quejaban en el suelo.

—¿Qué... qué ha pasado aquí...? —tartamudeó.

—Se lo explicaré si tiene usted la amabilidad de pasar, señorita —respondió Bruce, sonriendo ligeramente.

La muchacha vaciló.

—¿Que pase? —murmuró.

—Sí, no tema. Estos tipos ya no son peligrosos. Además, van a irse en seguida.

La joven se decidió a entrar en el apartamento, situándose cerca de Bruce Marlowe.

Éste se aproximó al matón pelirrojo y le tocó el costado con la punta del zapato.

—Arriba, Britton —ordenó—. Tú también, Eliot.

Los gorilas hicieron un esfuerzo y lograron incorporarse.

Bruce los empujó hacia la puerta.

—Vamos, largo de aquí. Y decidle a Carter que ya iré a verle cuando tenga un rato libre.

Los sacó al corredor y seguidamente cerró la puerta.

Regresó junto a la monada de cabellos rubios.

—¿Cómo se llama? —le preguntó, con una sonrisa.

—Christie Russell —respondió ella.

—Yo, Bruce Marlowe.

La joven estrechó la mano que le ofrecía Bruce.

Como él no hacía nada por soltársela, ella tiró suavemente de la suya y logró rescatarla.

—Vivo en el apartamento de al lado, el 13-F —explicó.

Bruce frunció el ceño.

—Ese apartamento lo ocupaba Dean Gaye, el músico...

—El señor Gaye lo dejó la semana pasada —informó Christie Russell—. Ahora lo tengo alquilado yo.

—Entiendo.

—Escuché ruidos muy extraños, como si dos o más personas se estuviesen peleando, y decidí venir a ver qué pasaba —explicó la joven.

—En efecto, nos estábamos peleando —sonrió Bruce—. Los tipos me atacaron, y me vi obligado a defenderme.

—¿Por qué le atacaron, señor Marlowe?

—Llámeme Bruce.

Christie Russell sonrió levemente y repitió la pregunta:

—¿Por qué le atacaron esos hombres, Bruce?

—Trabajan para alguien que tiene interés en verme, y querían que les acompañase, pero como yo no tengo tantos deseos de ver a su jefe, me negué. De ahí vino la pelea.

—Ya.

—¿Puedo ofrecerle una copa, Christie?

—Se lo agradezco, pero no me apetece beber nada en este momento.

—Se la debo, entonces —sonrió Bruce.

La joven recorrió el apartamento con la mirada.

—Esto está perdido de polvo, Bruce... —observó, extrañada.

—Sí, es cierto —carraspeó Marlowe.

—¿Por qué está todo tan sucio?

—He estado fuera varios meses. Esta misma mañana he regresado a Denver.

—Oh, entiendo.

—Dentro de un rato vendrá una asistenta y lo limpiará todo.

Christie Russell volvió a mirar a Bruce Marlowe y sonrió.

—Bien, tengo que volver a mi apartamento.

—Christie...

—¿Sí?

—¿Quiere cenar conmigo esta noche?

—Lo siento de veras, Bruce, pero ya tengo compromiso para esta noche...

—¿Mañana, entonces?

—Bueno.

La joven se despidió de Bruce Marlowe y salió del apartamento.

CAPÍTULO III

Gordon Carter, propietario del River Club, era un tipo de mediana edad, grueso, alrededor de cien kilos de peso, y como era más bien bajo, su figura resultaba de lo más antiestética.

Caminaba arriba y abajo por su despacho, con las manos a la espalda, el ceño fruncido, y un excelente cigarro entre los dientes, al que mordía con rabia, porque estaba de un humor de mil diablos.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién? —Gruñó Carter, parándose.

—Soy yo, Gordon —respondió una voz femenina.

—Pasa, Priscilla —volvió a gruñir el dueño del River Club, reanudando su nervioso paseo.

La puerta se abrió y Priscilla Turner, una pelirroja de formas increíbles, entró en el despacho.

Su indumentaria, la que iba a utilizar aquella noche para bailar en el club, era de lo más breve y atrevida: tres margaritas artificiales.

Dos arriba y una abajo, naturalmente.

Esta última, más grande que las otras dos, quedaba sujeta por un delgado cordoncito, muy brillante, que rodeaba las formidables caderas femeninas.

Las del busto, en cambio, se sostenían solas.

—¿Te preocupa algo, cariño? —le preguntó a Carter.

—Sí —respondió el gordinflón.

—¿Qué?

—Son cosas mías —rezongó Carter.

Priscilla Turner, moviéndose como solo ella sabía hacerlo, se aproximó a Gordon Carter y le echó los brazos al cuello, obligándole a detenerse.

—Gordon...

—¿Qué?

—Cuando te veo preocupado, me pongo triste.

—¿Ah, sí?

—Mucho.

Carter esbozó una sonrisa.

—No quiero verte triste, Priscilla.

—Ni yo a ti preocupado.

—Soy un hombre de negocios, nena, y eso trae consigo preocupaciones.

—Aquí me tienes a mí, siempre dispuesta a hacerte olvidar cualquier tipo de preocupaciones —repuso la pelirroja, pegándose a él como un sello.

Carter le acarició la desnuda espalda.

—Eres una chica estupenda, Priscilla.

—Deshazte de la chimenea.

—¿Qué? —Pestañeó el gordo.

—Que te deshagas del puro, hombre. No puedo besarte así.

Carter arrojó el cigarro, riendo.

La pelirroja le besó expertamente.

Gordon Carter la empujó hacia el largo y mullido sofá.

Ella interrumpió el beso y dijo:

—Ahora no, Gordon...

—¿Por qué no?

—Falta muy poco para mi actuación...

—Vaya —rezongó Carter, soltándola.

Priscilla sonrió maliciosamente.

—¿Estarás en mi camerino cuando acabe mi actuación, cariño?

—Seguro —respondió Carter, sonriendo otra vez.

—Hasta luego, gordito mío —ronroneó la pelirroja, dándole un pellizquito en la nariz.

—Hasta luego, preciosa —dijo Carter, pellizcándosela a su vez.

Priscilla Turner dio un grito y echó a correr hacia la puerta, riendo.

—¡Eres un pícaro, Gordon!

—¡Y tú un monumento! —dijo Carter, riendo también.

La pelirroja le guiñó el ojo por encima del hombro y salió del despacho.

Gordon Carter fue hacia su sillón y se dejó caer en él.

Abrió el cajón donde guardaba su caja de habanos.

Se puso uno entre los dientes.

Lo estaba encendiendo, cuando sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Ritter, jefe.

—Entra, Ritter.

Se abrió la puerta y Buck Ritter, otro de los gorilas que estaban a las órdenes de Carter, penetró en el despacho.

El tipo tenía el pelo rubio, y no era tan feo como Clark Britton o Jeff Eliot, aunque también sus facciones eran duras.

—¿Ocurre algo, Ritter? —inquirió el propietario del club, soltando un nubarrón de humo.

—Marlowe todavía no se ha dejado ver por el local, jefe.

—Lo sé.

—¿No cree que deberíamos ir por él?

—Britton y Eliot ya intentaron traerlo por la fuerza esta mañana, y sólo consiguieron que Marlowe les estropease la cara a golpes.

Buck Ritter se llevó la mano a la axila y extrajo una pistola automática. Sonriendo, repuso:

—Cuando le muestre a Marlowe mi «*Parabellum*», accederá a venir sin rechistar.

Carter no dijo nada.

Ritter solicitó:

—Deje que Lawson y yo vayamos por él, y antes de media hora lo tendrá usted aquí, manso como un corderito.

Henry Lawson era otro de los matones de Cártter.

Éste parecía estar meditando el asunto.

Llamaron a la puerta.

—¡Señor Cártter!

Gordon reconoció la voz de Henry Lawson.

—Adelante, Lawson.

El gorila, que tenía unas orejas de a palmo, entró en el despacho y trotó hacia la mesa.

—¡Ya está aquí, jefe! —comunicó.

—¿Quién?

—¡Bruce Marlowe!

Carter brincó del sillón.

—¿En el club...?

—¡Sí, acaba de entrar! Está presenciando la actuación de Priscilla.

—¡Bien! —exclamó Cártter, frotándose las manos.

—¿Lo traemos, jefe? —sugirió Ritter.

—¡Inmediatamente!

—Vamos, Lawson.

El rubio y el orejudo salieron del despacho.

Cruzaron un largo corredor.

Apartaron la cortina roja que había al final del mismo.

Las luces se habían apagado, dejando el local prácticamente en penumbra.

—¿Dónde está, Lawson? —inquirió Ritter.

—Allí —indicó su compañero, alargando el brazo.

—Sí, ya lo veo. Vamos.

La pareja de matones echaron a andar hacia el lugar en donde se encontraba Marlowe, observando con mucha atención la atrevida actuación de Priscilla, que se movía como una anguila en el centro de la pequeña pista, bajo las luces de tres reflectores.

«Eso es un cuerpo, y no el de Rangers, pensó Bruce».

De pronto, alguien le puso la mano en el hombro.

Bruce volvió la cabeza.

Descubrió a Ritter y a Lawson.

La manaza que tenía sobre el hombro era una de las del rubio.

Bruce sonrió.

—Hola, muchachos.

—Acompáñanos, Marlowe —indicó Ritter.

—¿Al despacho de Carter?

—Sí.

—En cuanto concluya la actuación de la pelirroja de las margaritas —respondió Bruce, y volvió a fijarse en la exuberante anatomía de Priscilla Turner.

No obstante, por el rabillo del ojo siguió atento a los movimientos de la pareja de gorilas.

No se fiaba de ellos.

Y hacía muy bien.

Vio cómo Buck Ritter se disponía a golpearle en la sien con uno de sus puños.

Bruce disparó el codo y se lo clavó en el estómago, y cuando el matón se encogió, emitiendo un quejido ahogado, le cascó en un pómulo con la diestra.

Ritter giró sobre sí mismo y cayó al suelo.

Bruce Marlowe emprendió una carrera.

No, no pretendía huir del River Club.

Corría porque Henry Lawson, el otro gorila, le había alcanzado de lleno en el mentón con su maza zurda.

Bruce iba directo hacia la pequeña pista de atracciones.

La seductora Priscilla interrumpió su actuación y se quedó paralizada por un momento.

No debió quedarse quieta en el centro de la pista.

Debió apartarse.

Cuando quiso hacerlo, ya era tarde.

Bruce chocó contra ella con violencia y los dos se fueron al suelo, entre las risas del público, porque la caída fue muy cómica.

Marlowe quedó sobre la pelirroja.

La miró.

—Qué colchón más estupendo... —dijo, sonriéndole.

—¡Quítese de encima! —gritó ella.

La mano de Bruce se movió con rapidez y empezó a deshojar una de las margaritas artificiales que cubrían el impresionante busto de la pelirroja, al tiempo que murmuraba:

—Me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere...

Se interrumpió, porque Priscilla acababa de darle una bofetada.

—¡Apártese, so fresco!

Bruce se apartó, pero no por propia voluntad, sino porque Lawson

lo había levantado, atrapándolo por la cintura.

Se revolvió rápidamente, dispuesto a golpear al gorila, pero éste, levantando una mano en son de paz, dijo:

—La pelea ya acabó, Marlowe.

—¿Tan pronto...? —se extrañó Bruce, con el puño en alto.

—El jefe no quiere jaleos en el club.

—Ritter empezó.

—Ven conmigo, Marlowe.

Bruce se volvió hacia la pelirroja, que ya se había puesto en pie.

—Hasta la vista, *miss* Primavera —dijo, guiñándole el ojo.

—¡Cómprese un barco y húndase! —gritó Priscilla, encolerizada porque el joven del bigote le había estropeado el número y una de las margaritas.

Dio media vuelta y se alejó corriendo, mientras el público reía, divertido.

Lawson se puso en movimiento y Bruce fue tras él.

Ritter, furioso, parecía dispuesto a atacar de nuevo a Marlowe, pero su compañero lo contuvo.

—Contrólate, Ritter.

—¡Tengo que...!

—En otro momento.

—¡Me ha golpeado!

—Y yo a él. Anda, vamos. El jefe ya debe de estar impaciente.

—Está bien —gruñó el rubio.

Entraron los tres en el corredor que conducía al despacho de Gordon Carter.

Entonces, Buck Ritter masculló:

—Me cobraré con creces los golpes que me has dado, Marlowe.

—Deja de lloriquear, Ritter, o te compraré un sonajero —dijo Bruce, irónico.

El rubio no pudo contenerse por más tiempo y quiso golpear a Marlowe.

Éste elevó bruscamente la rodilla y se la incrustó en el bajo vientre al matón.

Ritter chilló como una rata a la que acabasen de arrojar sobre una plancha al rojo vivo, al tiempo que se doblaba.

Bruce le descargó un puño en la nuca.

Buck Ritter se desplomó como un fardo y quedó inmóvil.

El puño de Henry Lawson ya iba directo hacia la cara de Marlowe, pero éste, que ya contaba con ello, flexionó las rodillas y esquivó limpiamente el puñetazo.

El orejudo, al golpear en el vacío, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

En la pared había colgado un extintor.

Bruce lo descolgó y le atizó con él al matón, en todo lo alto de la cabeza.

Lawson emitió un gemido y perdió el conocimiento.

Bruce volvió a colgar el extintor en la pared y echó a andar hacia el despacho de Carter.

Entró en él sin llamar.

—¿Qué tal, Gordon? —saludó, sonriendo.

El dueño del River Club, que estaba sentado en su sillón, puso cara de sorpresa.

—¿Dónde están Ritter y Lawson?

—En el suelo del corredor, echando una siestecita —respondió Bruce, caminando hacia la mesa.

A Carter se le cayó el puro de la boca.

—¿Les has zurrado, también...?

—Ellos lo quisieron, Gordon —contestó Bruce, sentándose en uno de los ángulos de la mesa—. Yo pensaba venir a tu despacho en cuanto acabase el numerito de la pelirroja de las margaritas, pero Ritter y Lawson se empeñaron en que debía venir en seguida. Y como a mí no me gustan las prisas, pues nos liamos a puñetazos.

Carter recogió el cigarro, que había caído sobre la mesa, y se lo llevó de nuevo a la boca. Le dio una chupada, expulsó el humo y dijo:

—Marlowe, deberías trabajar para mí.

—Si querías verme para proponerme eso, olvídalo.

—Te pagaría bien, mejor que a cualquiera de mis muchachos.

—No insistas, Gordon. No me gusta recibir órdenes de nadie, y tú lo sabes.

—Sí, tienes un carácter muy especial.

—Y tú unos cigarros magníficos —sonrió Bruce.

—¿Quieres uno?

—Mejor dos. Uno para encenderlo ahora y el otro para después.

Carter abrió el cajón, extrajo la caja de los habanos y se la pasó a Marlowe.

—Toma, coge los que quieras.

Bruce no cogió dos, sino tres. Se guardó un par de ellos en el bolsillo de la chaqueta y se puso el otro en la boca.

Le prendió fuego con el encendedor de mesa de Carter.

—¿Vas a proponerme alguna cosa más, Gordon?

—Sí.

—Adelante.

—Se trata de las joyas que robaste.

—¿Te refieres al robo perpetrado en la joyería de la calle Emerson?

—Naturalmente.

Bruce movió la cabeza.

—No fui yo, Gordon.

Carter se echó a reír.

—Oh, vamos, Marlowe, no me vengas a mí con ésas.

—Es la verdad, Gordon. A mí me atraparon por equivocación, mientras el auténtico ladrón escapaba tranquilamente.

—Llevándose las joyas.

—Claro. De haber sido yo, las hubiera llevado encima cuando me detuvo la policía.

—No las llevabas encima porque las habías escondido en el callejón, antes de que te atraparan los agentes.

—Estás completamente equivocado, Gordon.

—No, no lo estoy, y tú lo sabes mejor que nadie. Las joyas están escondidas en algún lugar del callejón, pero tú no podrás recuperarlas, porque la policía no te dejará acercarte a ellas. O sí, tal vez te deje, para caer sobre ti en cuanto las hayas sacado del escondrijo.

Bruce Marlowe inhaló el cigarro, en silencio.

Carter sonrió.

—Ya no lo niegas, ¿eh, viejo zorro?

—¿De qué me serviría, si tú no me ibas a creer?

—Voy a hacerte una proposición muy interesante, Marlowe.

—No pierdo nada con oírla.

—Tú me dices dónde escondiste las joyas y uno de mis muchachos irá por ellas. Luego, yo me encargaré de venderlas. A buen precio, naturalmente. Y de la suma que obtenga, el cincuenta por ciento será para ti.

Bruce sonrió con ironía.

—¿El cincuenta, solamente...?

—Está bien, el sesenta.

—Qué generoso eres, Gordon.

—¡El setenta, maldita sea! Y no me pidas más, porque no accederé.

—No, no voy a pedirte más. Ni menos. Ni nada. Te repito que yo no cometí ese robo, Gordon, aunque tú no me creas, como tampoco me creyó entonces el juez.

—¡Basta ya, Marlowe! —se exasperó Carter, descargando ambos puños sobre la mesa.

Bruce se encogió de hombros y se mantuvo callado.

Gordon Cáster se pasó las manos por los cabellos.

—Me irrita que se burlen de mí, Marlowe —rezongó—. Si no te interesa mi proposición, dímelo francamente, pero no vuelvas a repetirme que tú no robaste las joyas.

Bruce siguió callado, lo cual enfureció aún más a Cáster.

—Puedes irte, Marlowe —gruñó el propietario del River Club.

Bruce se bajó de la mesa.

—Gracias por los cigarros, Gordon.

—De nada.

Bruce se dirigió hacia la puerta, la abrió y salió del despacho.

Ritter y Lawson continuaban en el suelo, inconscientes.

Bruce pasó por encima de ellos.

Segundos después, abandonaba el River Club.

CAPÍTULO IV

El coche de Bruce Marlowe, un «Dodge» de color azul oscuro, se hallaba estacionado cerca del River Club.

Bruce entró en el vehículo y puso en marcha el motor.

El automóvil arrancó suavemente y fue cobrando velocidad.

Bruce miró el espejo retrovisor.

Sonrió al ver que otro coche le seguía a cierta distancia.

Se trataba de un «Chevrolet» negro.

—Por lo visto, el teniente Lorimer quiere conocer todos mis pasos... —murmuró Bruce.

No hizo nada por burlar al «Chevrolet».

Minutos después, el «Dodge» de Bruce Marlowe entraba en la calle Hollins.

Bruce lo dejó en el garaje del edificio de apartamentos en que vivía y se metió en el ascensor.

Al salir de él, en la tercera planta, se encontró con Christie Russell, la joven rubia que había alquilado el apartamento contiguo al suyo, el 13-F.

La muchacha, que lucía un bonito vestido de noche, tenía una llave en la mano y se disponía a introducirla en la cerradura de su puerta.

—Christie... —llamó Bruce, caminando hacia ella.

La joven giró la cabeza y le miró.

—Hola, Bruce —dijo, tratando de sonreír.

Marlowe la observó con extrañeza.

—Tiene los ojos enrojecidos, Christie...

—¿De veras?

—¿Ha llorado usted?

La joven bajó la cabeza, sin responder.

Bruce le tomó la barbilla y empujó suavemente hacia arriba, obligando a la muchacha a que le mirase de nuevo.

—¿Qué le ha sucedido, Christie?

—Nada.

—¿Por qué ha llorado, entonces?

—Porque soy una chica muy llorona.

—¿No quiere contarme lo que ha pasado?

—¿Para qué?

—Bueno, quizá yo pudiera...

Christie Russell sonrió tristemente.

—Usted no puede hacer nada, Bruce.

—Si tiene algún problema, hábleme de él. Es posible que esté usted equivocada, y yo sí pueda ayudarla a solucionarlo.

—Mi problema es demasiado gordo.

—Por favor, Christie... —insistió Marlowe—. Me gustaría tanto ayudarla.

Ella le miró a los ojos, en silencio.

—Está bien, Bruce —accedió—. Le hablaré de mi problema.

—¿Aquí, en el corredor...?

La joven sonrió.

—¿Es usted de fiar, Bruce?

—Soy todo un caballero, Christie.

—Entonces, le permitiré entrar en mi apartamento.

—Gracias por la confianza.

Christie Russell abrió la puerta y encendió la luz del recibidor.

—Pase, Bruce.

Marlowe entró.

La joven cerró la puerta.

Avanzaron los dos hacia el *living*.

Christie encendió la pantalla que había a la derecha.

—Siéntese, Bruce.

—Gracias —sonrió Marlowe, dejándose caer en el diván.

—¿Le sirvo una copa?

—Sólo si usted está dispuesta a servirse otra.

—¿Whisky?

—Con un poco de soda, por favor.

Christie preparó las bebidas y le entregó uno de los vasos a Bruce Marlowe, junto al cual se sentó.

—La escucho, Christie —dijo Bruce.

La joven dio un suspiro.

—Todo empezó hace dos noches, cuando me presenté en un club nocturno cuyo nombre prefiero no mencionar.

—No es necesario que lo mencione.

—Yo soy bailarina, ¿sabe?

—¿Ah, sí...?

—Pero decente.

—Eso no lo pongo en duda.

—No me importa salir a actuar con poca ropa, porque así lo exige mi profesión, pero sí me importa quitarme esa poca ropa delante del público. Y eso precisamente era lo que el propietario del club quería que hiciese yo aquella noche, al final de mi actuación: quedarme sin

nada en presencia de todos.

—¡Eso es *strip-tease*!

—Sí, así se llama.

—¿Y qué le respondió usted?

—Que el *strip-tease* lo iba a hacer su tía.

—¡Bien dicho, Christie!

—Entonces, él echó mano del contrato que yo había firmado el día anterior y me señaló una de las cláusulas.

—¿Qué decía esa cláusula?

—¿Es necesario que se lo diga, Bruce?

—Me temo que no, Christie. La cláusula la obligaba a quitarse su breve indumentaria de bailarina al final de su número, y quedarse sin nada.

—Exacto.

Marlowe se atusó el bigote.

—Christie, si usted no estaba dispuesta a hacer el *strip-tease*, ¿por qué firmó el contrato?

—Sabía que iba a hacerme esa pregunta... —suspiró la joven—. La respuesta es muy simple, Bruce: yo ignoraba que una de las cláusulas del contrato me obligaba a quedarme desnuda en la pista.

—¿Acaso no lo leyó antes de firmar?

—Muy por encima, lo confieso. Esa clase de contratos están llenos de cláusulas estúpidas, y resulta enormemente aburrido leerlas todas una por una. Después comprendí que hay que leerlas desde la primera a la última, con toda la atención del mundo, pero ya era tarde... Mi firma estaba allí, estampada al pie del contrato, y de nada sirvió que yo le rogase, incluso le suplicase con lágrimas en los ojos al dueño del club que redactase un nuevo contrato, suprimiendo aquella maldita cláusula...

—¿Se negó?

—Rotundamente. O hacía el *strip-tease*, o me demandaba por incumplimiento de contrato.

—Ese tipo tiene el corazón de piedra.

—Yo le ofrecí una cantidad, para que se olvidase del asunto, pero...

—¿Cuánto le ofreció?

—Quinientos dólares.

—¿Y qué dijo él?

—Se echó a reír.

—Quería más, ¿verdad?

—Cinco mil.

Marlowe lanzó un silbido apagado.

—Cinco mil dólares... —musitó.

—Me dio sólo tres días para reunirlos —añadió la joven—. Si

mañana por la mañana no se los llevo, me demandará.

—¿Podrá usted conseguir esa suma, Christie?

—No. La única persona que podría prestármela, un conocido agente artístico, con el cual he cenado esta noche, puso una condición que yo no pude aceptar.

—¿Qué condición?

—Pasar la noche con él, en su apartamento.

—¿Qué bicho.

—Le di una bofetada y me marché.

—Se merecía por lo menos media docena.

Christie Russell lanzó un suspiro.

—Bien, ya lo sabe usted todo. Bruce.

—Ha hecho bien en contármelo, Christie —dijo Marlowe, tomándole una mano, que oprimió suavemente—. Tal vez yo pueda sacarla del apuro.

La joven enarcó las cejas.

—¿Usted...?

—Sí.

—No me diga que dispone usted de cinco mil dólares en su cuenta de ahorro y que va a prestármelos. Bruce negó con la cabeza, riendo.

—¿Qué más quisiera yo, Christie. Pero puedo conseguir que me los presten.

—¿Que se los presten...? ¿Quién?

—Un amigo.

—¿Es rico?

—Bastante.

—¿Y cree usted que...?

—Seguro que sí. Es un buen tipo, y cuando le diga para qué necesito los cinco mil dólares, se apresurará a prestármelos.

—¡Bruce! —exclamó la joven, radiante de alegría—. ¡Creo que voy a llorar otra vez, ahora de emoción! —Se lo prohíbo.

—¡Es usted mi padre!

—¡Eh, Christie, que no soy tan viejo, caramba! Sólo tengo treinta y dos años...

—¡Y un corazón de oro!

—No exagere, mujer.

—No sé cómo podré pagarle esto, Bruce.

—Yo sí.

La sonrisa de la joven estuvo a punto de borrarse por completo.

—No irá usted a pedirme lo mismo que el agente artístico, ¿verdad, Bruce?

—Por favor... —rogó Marlowe, ofendido, al tiempo que soltaba con brusquedad la mano de la muchacha.

Ahora fue ella quien cogió cariñosamente la de él.

—Perdóneme por haber dicho eso, Bruce, pero es que los últimos acontecimientos me han vuelto muy desconfiada.

—Lo comprendo —repuso Marlowe, serio, sin mirarla.

—¿Me perdona?

—Sí.

—No lo diga con esa cara de enfado, hombre.

—Lo siento, pero es que estoy enfadado.

—¿Qué puedo hacer para que deje de estarlo?

—Nada, no se moleste.

—Bruce...

—¿Qué?

—Míreme, por favor.

Marlowe obedeció.

—¿Se le pasaría el enfado si le diese un beso? —preguntó Christie.

—No sé.

—¿Me deja que pruebe?

—Bueno.

Christie le acercó la cara y le besó en los labios.

—Qué cortito —dijo Bruce.

—Hombre, tampoco se trataba de batir ningún récord... —repuso ella, sonriendo.

—Eso es verdad.

—¿Qué, se le ha pasado ya el enfado?

Marlowe sonrió.

—Por completo.

—Me alegro. Y ahora, dígame a qué se refería cuando dijo que usted sí sabía cómo podría agradecerle el favor.

—Iba a pedirle lo mismo que me dio usted después para ver si se me pasaba el enfado.

—¿Un beso...?

—Sí.

—Bueno, pues ya se lo di.

—Oh, no, se equivoca. El beso que usted me dio era para eliminar mi enfado, no para agradecerme lo que voy a hacer por usted. Éste, suponiendo que usted acceda a dármele, me lo debe.

—Muy bien, ya se lo pagaré.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Por qué no ahora?

—Porque dos besos en pocos minutos me parece demasiado.

—Ya.

—Apure su bebida, Bruce.

—Caramba, con qué disimulo me echa usted de su apartamento,

Christie...

—Perdone, pero es que tengo ganas de acostarme. Me duele un poco la cabeza, ¿sabe? La tensión, sin duda.

—¿La tiene usted baja?

La joven rió.

—No me refiero a esa clase de tensión, sino a la otra, a la que he estado sometida desde hace dos noches.

—Tómese una aspirina y le desaparecerá la jaqueca en pocos minutos.

—Sí, eso voy a hacer.

—La aspirina es de lo más eficaz para...

—Su bebida, Bruce —le interrumpió Christie, **sonriendo**.

—Oh, sí, mi bebida —carraspeó Marlowe.

Ingirió el último trago de *whisky*, dejó el vaso sobre la mesa y se levantó.

Christie Russell también se puso en pie.

Le acompañó hasta la puerta.

—Buenas noches, Christie —dijo Marlowe, ya en el corredor.

—Buenas noches, Bruce —dijo ella, con una sonrisa encantadora.

—Y que se le pase pronto el dolor de cabeza.

—Gracias.

—¿Sabe una cosa?

—¿Qué?

—Creo que voy a soñar con usted.

—Es usted muy amable, Bruce.

—Y usted una chica maravillosa.

—Hasta mañana, Bruce —dijo Christie, y cerró la puerta.

Marlowe exhaló un suspiro y se introdujo en el suyo.

CAPÍTULO V

—Eh, Arnold —dijo el agente Erwin, tocando con el codo a su compañero—. El coche de Marlowe acaba de salir del garaje.

El agente Arnold se guardó en el bolsillo de la chaqueta la novela de ciencia-ficción que estaba leyendo y accionó rápidamente la llave de contacto del «Chevrolet».

Casi al momento, el coche se puso en movimiento.

Eran las once de la mañana, y lucía un sol espléndido.

Durante algunos minutos, el «Chevrolet» negro de los agentes siguió, a prudente distancia, al «Dodge» azul oscuro de Bruce Marlowe.

Éste detuvo su automóvil a unos metros del Royal Cinema, en cuya sala tenía lugar, diariamente, una sesión matinal, proyectándose unas películas distintas a las que se pasaban en las sesiones de tarde y noche.

El «Chevrolet» frenó a bastantes metros del «Dodge».

Los agentes Erwin y Arnold vieron cómo Bruce Marlowe descendía de su coche, subía a la ancha acera, se aproximaba a la taquilla del Royal Cinema, adquiría una entrada y se introducía en el local.

Se miraron, extrañados.

—Se ha metido en el cine, Arnold —murmuró Erwin.

—Sí, ya lo he visto —rezongó Arnold, echando mano nuevamente de la novela de ciencia-ficción.

Erwin frunció el ceño.

—¿Vas a ponerte a leer de nuevo?

—¿Te molesta? —preguntó Arnold.

—Hombre, el tiempo pasa más de prisa cuando se conversa con alguien.

—Yo soy un tipo poco hablador, Erwin, ya lo sabes.

—Sí, tú prefieres la lectura a la conversación.

—Exacto.

—Especialmente, cuando se trata de novelas de naves espaciales y extraterrestres.

El agente Arnold sonrió.

—Son apasionantes, Erwin.

—¿Cómo se titula ésa?

—*Las marcianas los prefieren rubios*.

El agente Erwin rió.

—¡Hombre!, entonces yo no tengo nada que hacer con las marcianas —comentó, porque tenía el cabello muy oscuro—. Tú, en cambio, te pondrías las botas en Marte, ¿eh?

Arnold, que era rubio, también rió.

Después, se olvidó por completo de su compañero y comenzó a devorar páginas de *Las marcianas los prefieren rubios*.

Erwin encendió un cigarrillo.

Había consumido la mitad de él aproximadamente, cuando la señal de llamada del radiotransmisor que llevaba instalado el «Chevrolet» se puso a sonar.

El agente atrapó el micro y accionó un dispositivo.

—Erwin al habla —dijo, con el micro próximo a la boca.

—Aquí Lorimer.

—Hola, teniente.

—¿Alguna novedad, muchachos? —inquirió Red Lorimer.

—Sí, teniente —respondió Erwin—. Marlowe ha salido de casa.

—¿Le estáis siguiendo?

—Bueno, le hemos seguido hasta un cine, y ahora estamos esperando a que salga de él.

—¿Que Marlowe se ha metido en un cine...?

—Sí, teniente. Hace tan sólo unos minutos que entró.

—¿Cómo se llama el local?

—Royal Cinema.

—Sesión matinal, ¿eh?

—Sí.

—¿Qué películas se proyectan?

—No lo sé, teniente. Desde nuestra posición no alcanzo a verlo.

—¿No tenéis ningún periódico?

—Sí, el de ayer.

—Echa un vistazo a la cartelera de espectáculos, rápido.

—En seguida.

El agente Erwin atrapó el periódico y buscó la página correspondiente.

—Ya lo tengo, teniente —dijo, unos segundos después—. En la sesión matinal se proyectan *Pinocho* y *Caperucita Roja*.

El taco que soltó el teniente Lorimer llegó nítido por el receptor.

—¡Erwin! —rugió a continuación.

—¿Ocurre algo, teniente...? —Respingó el agente.

—¡Ocurre que sois un par de estúpidos!

Erwin y Arnold intercambiaron una mirada, desconcertados.

—Pregúntale por qué, Erwin —indicó Arnold, en voz baja.

—¿Por qué somos unos estúpidos, teniente? —preguntó Erwin.

—¿Y todavía me lo preguntas...? —bramó Lorimer—. ¿Es que vosotros os podéis imaginar a un tipo como Marlowe viendo *Pinocho* y *Caperucita Roja*, arrellanado en una butaca, con cara de niño bueno y una bolsa de palomitas de maíz en las manos...? ¿Es ése el tipo de cine que va a ver un sujeto que se ha pasado dieciocho meses en la cárcel por robar en una joyería...?

Erwin y Arnold volvieron a mirarse.

Ambos empezaban a comprender.

—Teniente Lorimer, creo que tiene usted razón... —dijo Erwin—. Marlowe debió darse cuenta de que le seguíamos y nos la ha jugado.

—¡Sin ninguna duda! —Relinchó Lorimer.

—Habrá salido del cine por la otra puerta, y ahora irá camino del callejón, en busca de las joyas. Pero allí están el sargento Maughan y los otros agentes, prestos a caer sobre él tan pronto como recupere las joyas.

—¡Suponiendo que Marlowe no se la juegue también a ellos!

—¿Cree usted que...?

—¡Marlowe es un tipo tremendamente astuto! ¡A lo mejor cruza el callejón disfrazado de viejo!

—¿De viejo...?

—¡O de fontanero! ¡O de bombero!

El agente Erwin tragó saliva con dificultad.

—¿Qué... qué hacemos, teniente...? —tartamudeó.

—¡Salir disparados hacia el callejón! —ordenó Red Lorimer, con voz de trueno.

* * *

Bruce Marlowe, en efecto, había salido del Royal Cinema por la otra puerta, que daba a una calle paralela.

Tomó un taxi y le dio una dirección al taxista.

Minutos después, se apeaba en la calle Appleton.

Esperó en la acera a que el taxi se alejara y luego se introdujo en un viejo edificio, que carecía de ascensor.

Bruce ascendió a la cuarta planta.

Hundió la yema del pulgar en el timbre de una de las puertas y esperó.

Diez segundos después, la puerta se entreabría y un rostro menudo y lleno de arrugas surgía por el hueco.

Bruce sonrió.

—Hola, Tim.

El rostro del viejo reflejó una gran sorpresa.

—¡Por los bigotes de cien docenas de gambas...! —exclamó Tim Sanford, abriendo la puerta de par en par—. ¡Si es Bruce Marlowe en persona!

—El mismo, viejo —rió Bruce.

—¡Dame un abrazo, muchacho!

Bruce Marlowe y Tim Sanford se abrazaron efusivamente.

—¿Cómo es posible que...? —inquirió el anciano.

—¿Que esté fuera de la cárcel?

—¡Sí!

—Me rebajaron seis meses por buena conducta.

—¡Magnífico!

—¿No vas a invitarme a un trago, Tim?

—¡Pues claro! ¡Esto hay que celebrarlo, muchacho!

Bruce entró en el modesto pisito del viejo Sanford y éste cerró la puerta.

—¡Toma asiento, Bruce! —indicó el anciano, dándole una palma a la espalda.

Marlowe ocupó una silla, cerca de la mesa del reducido comedor.

El viejo se introdujo en la cocina, regresando casi al momento con una botella de *whisky* barato y un par de vasos.

Lo depositó todo sobre la mesa y se sentó frente a Marlowe.

Mientras llenaba los vasos, inquirió:

—¿Cómo te ha ido por allí, Bruce?

—Bien.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—Me alegro, muchacho —dijo el viejo, acercándole uno de los vasos—. A mí me hubiera gustado hacerte alguna visita, pero como quedamos en que...

—Sí, no era conveniente.

Tim Sanford levantó su vaso.

—A tu salud, Bruce.

—A la tuya, Tim.

Hicieron entrecuchar los vasos y bebieron parte del *whisky*.

Marlowe hizo una cara fea.

—Veo que sigues bebiendo aguarrás, ¿eh, viejo?

Tim Sanford rió.

—Ya sabes que me gusta el *whisky* fuerte, Bruce.

Marlowe lo miró.

—¿Tienes...?

—¿Las joyas?

—Sí.

—Claro que las tengo. ¿Quieres verlas?

—No sabes cómo lo estoy deseando —sonrió Bruce Marlowe.

CAPÍTULO VI

—En seguida las traigo —dijo el viejo Sanford, levantándose de la silla.

Desapareció por la puerta de su dormitorio, de donde salía poco después con una pequeña bolsa de cuero en la mano derecha.

—Aquí las tienes, Bruce —sonrió, dejando la bolsa sobre la mesa.

Marlowe la cogió, la abrió, y dejó caer su contenido.

Las joyas quedaron sobre la mesa, brillantes, relucientes, destellantes.

—Como puedes ver, no falta ninguna —observó el anciano, que se había sentado de nuevo.

—Sabía que podía fiarme de ti, Tim. Por eso te rogué que permanecieras cerca de la joyería mientras yo estaba dentro. Si la cosa salía mal, como desgraciadamente sucedió, yo podría pasarte el producto del robo, para que no me atraparan con él y lo perdiera todo, mi libertad y las joyas.

—Y así lo hiciste. Cuando corrías hacia el callejón, perseguido por el coche patrulla de la policía, simulaste tropezar conmigo y me derribaste, al mismo tiempo que, sin que se percataran los «polis», me entregabas la bolsa de cuero que contenía las joyas robadas. Luego, tú te metiste en el callejón, y allí caíste en manos de los agentes, mientras yo me venía tranquilamente para casa, con las joyas.

—La policía está convencida de que las escondí en el callejón, y que allí continúan.

—¿Ah, sí...? ¡Pues que las busquen, que las busquen! —rió el viejo.

—Gordon Cáster también lo cree así.

Tim Sanford arrugó las cejas.

—¿Has hablado con el gusano de Carter...?

Bruce puso al corriente al viejo de su conversación con el propietario del River Club.

Tim gruñó:

—De modo que ésa sanguijuela quiere sacar tajada del asunto, ¿eh?

—Sí; pero no la sacará.

—Ten cuidado con Cáster, Bruce —aconsejó el anciano—. No es

de los que se resignan fácilmente.

—Lo sé, Tim. Si me manda a sus matones, no me pillarán desprevénido.

Marlowe volvió a meter las joyas en la bolsa.

—¿Qué, las guardo donde estaban? —preguntó el viejo.

—No, Tim. Me las llevo.

Tim Sanford abrió la boca.

—¿Que te las llevas...?

—Sí.

—¿Ahora...?

—Sí. Necesito venderlas hoy mismo.

El viejo respingó con fuerza.

—¿Venderlas hoy, dices...?

—Sí.

—¡Estás loco, Bruce! ¡Me apuesto el cuello a que la policía está siguiendo todos tus pasos desde que saliste de la cárcel! ¡Si intentas vender las joyas antes de que ellos se cansen de vigilarte, te cogerán in fraganti!

Marlowe sonrió.

—Estás en lo cierto, Tim, la policía me sigue. Pero he logrado despistarlos.

A continuación, le contó cómo lo había conseguido.

El viejo, tras rascarse la cabeza, inquirió:

—¿Por qué te urge tanto vender las joyas, Bruce?

Marlowe le habló de Christie Russell, y del grave problema que la joven tenía.

—Quiero prestarle los cinco mil dólares que necesita —dijo después—. Engañándola, por supuesto, en cuanto a la procedencia de los mismos se refiere. Le dije que se los pediría prestados a un amigo, que es bastante rico.

—¿Es bonita la chica. Bruce? —preguntó Tim.

—Mucho.

—¿Bien formada?

—Tiene un cuerpo maravilloso.

El viejo suspiró, cabeceando.

—Empiezo a comprender, Bruce...

—¿Qué empiezas a comprender?

—Te has prendado de la chica, y eso hace que no desconfíes en absoluto de ella.

Marlowe arrugó el entrecejo.

—¿Desconfiar de ella? ¿Por qué iba a desconfiar?

—¿No te has parado a pensar que todo puede ser una hábil trampa tendida por la policía?

—Oh, vamos, Tim... —rechazó Marlowe, sacudiendo la cabeza.

—Yo en tu lugar trataría de averiguarlo antes de vender las joyas, Bruce —aconsejó el viejo Sanford—. Son demasiadas coincidencias, muchacho, y a mí no me gustan nada las coincidencias.

—¿De qué coincidencias hablas?

—En primer lugar, que la chica ocupe, desde hace sólo unos días, el apartamento contiguo al tuyo. Después, que, al ella escuchar en el tuyo los ruidos característicos de una pelea entre dos o más hombres, se decidiese a entrar en él a ver qué sucedía. Qué chica tan valiente, ¿verdad? Luego, por la noche, te la encontraste en el corredor cuando ella estaba a punto de entrar en su apartamento. Otra casualidad. Y la más sospechosa de todas: que la chica necesite urgentemente cinco mil dólares. Si a esto añades que ella no quiso mencionar el nombre del club en donde debía realizar el *strip-tease*, ni el nombre del propietario del local, verás que el asunto huele a trampa, Bruce.

Marlowe no respondió, permaneció pensativo.

Tim Sanford añadió:

—Es posible que yo esté equivocado, Bruce, pero tú no pierdes nada con averiguarlo. En cambio, puedes ganar mucho.

Marlowe asintió con la cabeza.

—Lo averiguaré, Tim. Y si resulta que estás en lo cierto, va a dolerme de veras, porque esa joven me gusta, me gusta mucho.

—Desearía estar equivocado, créeme.

Marlowe sonrió levemente.

—Ojalá lo estés.

Tim Sanford iba a añadir algo, cuando sonó el timbre de la puerta.

El viejo y Bruce Marlowe se miraron de forma interrogante.

—¿Esperas a alguien, Tim?

—Yo, a nadie.

—¿Quién diablos crees que podrá ser?

—No tengo ni idea, Bruce. ¿Tú estás seguro de que nadie te ha seguido hasta aquí...?

—Absolutamente seguro.

Tim Sanford se puso en pie e indicó:

—Ocúltate en mi habitación, rápido. Y no hagas el menor ruido.

Marlowe se levantó, cogió la bolsa de las joyas, y se introdujo en el dormitorio del viejo.

El timbre volvió a sonar.

Tim se acercó a la puerta y abrió, apenas un palmo.

Sintió un escalofrío al ver a dos de los gorilas de Gordon Carter.

Estuvo tentado de cerrar de golpe, pero no lo hizo.

No le hubiera servido de nada, porque los matones habrían echado la puerta abajo.

Tim los conocía bien.

—Hola, Sanford —saludó el rubio Buck Ritter, esbozando una sonrisa.

—¿Podemos pasar? —preguntó el orejudo Henry Lawson.

—¿Qué queréis? —interrogó el viejo.

—Hablar contigo —respondió Ritter.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu buen amigo Bruce Marlowe —contestó Lawson.

—Marlowe está en la cárcel.

—Estaba —corrigió el rubio.

—Lo soltaron ayer —informó el orejudo—. ¿No lo sabías, Sanford?

—No... —mintió el viejo.

—Te alegra la noticia, ¿verdad?

—Sí, claro.

—¿Nos dejas entrar o qué? —rezongó Ritter—. No nos gusta conversar contigo así, medio escondido detrás de la puerta.

Tim, comprendiendo que no tenía más remedio que dejarlos entrar, accedió:

—Está bien, pasad.

La pareja de matones se introdujeron en el piso del viejo.

Éste cerró la puerta y se quedó junto a ella.

—¿Estás solo, Sanford? —inquirió el rubio Ritter.

—Sí —volvió a mentir Tim.

Al ver que el orejudo Lawson se fijaba en la botella de *whisky* y en los dos vasos que había sobre la mesa, se apresuró a añadir:

—Vino a verme un amigo, pero se marchó ya.

Ritter miró fríamente al viejo.

—No sería Bruce Marlowe, ¿verdad?

—No, claro que no —respondió Tim, forzando una sonrisa—. Ni siquiera sabía que lo habían puesto en libertad, ya os lo he dicho.

—Sí, nos lo dijiste.

—Pero tal vez nos hayas mentido —agregó Lawson.

—¿Por qué iba yo a mentiros? —repuso nerviosamente el viejo.

—Marlowe no puede acercarse por el callejón donde escondió las joyas, porque la policía lo atraparía —dijo Ritter—. Por tanto, necesita que alguien las recupere por él. Alguien en quien confíe plenamente, por supuesto.

—Y Gordon Carter piensa que Marlowe no confía en nadie más que en ti, Sanford —apostilló Lawson.

Tim se pasó la lengua por los labios.

—Si viene a verme, y me pide que vaya por las joyas, le diré que no —respondió—. No quiero arriesgarme a mis años.

Buck Ritter sonrió.

—Eso es lo que quiere Carter, que le digas que, no.

—Si le dijeras que sí, lo lamentarías el resto de tu vida, Sanford —amenazó Henry Lawson.

—Decidle a Cárter que puede estar tranquilo —respondió Tim—. No seré yo quien vaya por las joyas de Bruce Marlowe.

Ritter abrió la puerta y él y Lawson salieron al corredor.

—Hasta la vasta, Sanford —dijo el rubio.

—Que sigas bien, viejo —dijo el orejudo.

Después, ambos se alejaron en dirección a la escalera y se perdieron por ella.

Tim Sanford cerró la puerta y se quedó con la espalda pegada a ella.

Bruce Marlowe salió del dormitorio del viejo.

—Me tiemblan las rodillas, Bruce —dijo Sanford, haciendo un gallo con la voz.

—Tranquilízate, Tim. No ha pasado nada.

—Pero podría haber pasado mucho. Ritter y Lawson iban armados, a juzgar por lo que abultaba la parte izquierda de sus chaquetas. Y si llegan a descubrirte...

—Afortunadamente, no ha sido así.

—Ya te dije que Gordon Carter no era de los que se resignaban fácilmente. Quiere hincarles el diente a las joyas, y hará lo que sea para conseguirlo.

—Perderá el tiempo.

—¿Te vas ya, Bruce?

—Sí, He de mantener una interesante conversación con Christie Russell.

—¿Tienes algún plan para averiguar si te ha mentido?

—Sí, lo tengo.

—Háblame de él.

Marlowe se lo expuso.

—Es bueno, Bruce —dijo el viejo.

—Espero que dé resultado.

—Seguro que sí.

—Adiós, Tim.

—Adiós, Bruce.

Marlowe salió del piso y se dirigió hacia la escalera. Empezó a descender por ella.

Cuando alcanzó la tercera planta, se quedó quieto como una estatua.

En ella se encontraban Buck Ritter y Henry Lawson. El rubio empuñaba su «*Parabellum*».

El orejudo, una «*Browning*».

CAPÍTULO VII

—¿Sorprendido, Marlowe? —preguntó Ritter, sonriendo burlonamente.

—Sí, se le nota en la cara que lo está, y mucho —dijo Lawson.

—Creías que el viejo Sanford había conseguido engañarnos, ¿verdad? —dijo el rubio.

—Estaba demasiado nervioso —añadió Lawson—. Entre eso, y los dos vasos que había sobre la mesa, a medio vaciar, era fácil sospechar que tú te encontrabas oculto en el piso.

—Muy bien, tipos listos —dijo Bruce—. Y ahora, ¿qué?

—Te vamos a llevar a cierto lugar, Marlowe —respondió Ritter.

—¿A qué lugar? ¿Y para qué?

—Ya lo sabrás —masculló Lawson—. Vamos, muévete.

Bruce echó a andar, seguido de cerca por los gorilas.

Llegaron abajo.

Henry Lawson se guardó la «Browning» en la funda que llevaba sujeta bajo la axila izquierda.

Buck Ritter ocultó su «Parabellum» en el bolsillo derecho de la chaqueta y advirtió:

—Sigo apuntándote con mi pistola, Marlowe, no lo olvides. Si intentas algo, apretaré el gatillo y te dejaré tieso.

—Vamos, camina —indicó Lawson.

Bruce salió del portal.

Junto a la acera estaba estacionado el coche de los matones, un «Buick» gris.

—Entra, delante —ordenó Ritter.

Bruce obedeció, ocupando el asiento delantero.

Lawson se sentó a su lado, frente al volante.

Ritter lo hizo en el asiento trasero y volvió a mostrar su poderosa pistola automática.

—En marcha, Lawson —indicó.

El «Buick» arrancó y cobró velocidad.

Bruce Marlowe no habló.

Los gorilas tampoco.

Minutos más tarde, el «Buick» salía de la ciudad y tomaba un camino solitario.

Lawson lo detuvo a unos diez metros de un viejo molino.

El orejudo salió del coche y empuñó nuevamente su «Browning».

—Abajo, Marlowe —ordenó.

Bruce salió del vehículo.

Inmediatamente lo hizo Ritter.

—Mueve las piernas, Marlowe —masculló el rubio.

—¿Hacia el molino? —preguntó Bruce.

—Sí.

—Está que se cae de viejo, el pobre.

—No temas, no nos caerá encima.

Bruce caminó hacia el molino y entró en él, siempre vigilado por los gorilas de London Carter.

Buck Ritter se guardó la pistola y atrapó una de las cuerdas que se veían en un rincón.

—Colócate de espaldas a ese poste, Marlowe —indicó.

—¿Para qué? —preguntó Bruce.

—Voy a atarte a él.

—¿Y luego?

—Te golpearemos hasta que nos digas el lugar exacto en donde escondiste las joyas.

—¿Qué joyas?

—Las que robaste en la joyería de la calle Emerson.

—Ya le dije a Carter que no fui yo.

—Sí, se lo dijiste, pero él no te creyó. Vamos, ponte junto al poste.

Bruce miró a Lawson.

El matón no dejaba de encañonarle con su «Browning».

Y estaba demasiado lejos para saltar sobre él e intentar arrebatarle el arma antes de que Ritter tuviese tiempo de empuñar la suya.

Marlowe hizo un gesto de resignación y se situó delante del poste que le indicaba el rubio.

Ritter se le acercó, con la cuerda en las manos.

Cuando se disponía a atarle al poste, Bruce se abalanzó sobre él y lo hizo girar hacia su derecha, de modo que el gorila diera la espalda a su compañero.

Así, aunque a Lawson le entraran ganas de apretar el gatillo de su pistola, no podría hacerlo, pues tenía grandes posibilidades de incrustarle los plomos a Ritter.

Éste forcejeaba duramente con Marlowe, tratando de librarse de él, pero Bruce no le soltaba.

Lawson lanzó una maldición.

Pensó en acudir en ayuda de su compañero, pero sospechó que eso precisamente era lo que pretendía Bruce Marlowe, que se

acercara, para intentar arrebatarle el arma, y decidió quedarse donde estaba.

—¡Sepárate de él, Ritter! —gritó.

—¡No puedo! —jadeó el rubio.

Lawson corrió hacia su derecha.

Marlowe, que no le quitaba ojo al orejudo, obligó a Ritter a girar hacia aquel lado, y el matón siguió cubriéndole con su cuerpo.

Lawson volvió a maldecir.

Ritter, furioso, trató de sacar su «*Parabellum*».

Marlowe no hizo nada por impedirse, pero cuando el rubio la extrajo de la funda, firmemente empuñada, trató de arrebatársela.

El forcejeo se volvió más duro, más tenaz, más agotador.

Lawson corrió de nuevo, esta vez hacia su izquierda.

Desde allí, vio de perfil a su compañero y a Marlowe.

Sin dudarle un segundo, accionó el gatillo.

Justo en aquel momento, Bruce hacía girar a Ritter.

Éste lanzó un grito al recibir el proyectil en la espalda.

Bruce le arrebató el arma antes de que se desplomara.

Lawson, colérico, apretó de nuevo el gatillo de la «Browning».

Marlowe se tiró al suelo, rodó por él, para no ser alcanzado por las balas que le enviaba el matón.

Al mismo tiempo, Bruce hizo funcionar la «*Parabellum*».

El disparar en movimiento fue la causa de que fallase sus dos primeros disparos.

Pero no falló el tercero.

Henry Lawson recibió la bala en el pecho, muy cerca del corazón, y se derrumbó en el acto, dando un rugido.

Marlowe permaneció bastantes segundos tendido de bruces en el suelo, con la respiración entrecortada por el esfuerzo realizado.

Finalmente, se puso en pie y se aproximó a Buck Ritter.

El rubio estaba muerto.

También Henry Lawson era ya cadáver.

Bruce se metió la mano en el bolsillo del pantalón, extrajo un pañuelo y lo pasó por la «*Parabellum*», borrando así todas las huellas que pudiera haber en el arma.

Después, se la puso en la mano derecha a Ritter. Era lo mejor, para evitarse líos con la policía. Bruce salió del molino.

En el «Buick» de los matones, regresó a la ciudad.

Bruce Marlowe detuvo el coche delante del River Club.

Descendió del vehículo y entró en el hotel.

Como el club no abría hasta por la tarde, sólo estaban los empleados.

Tres explosivas rubias platino, muy ligeras de ropa ellas, ensayaban su número acompañadas por los músicos, que tocaban con

cierta desgana.

El pelirrojo Clark Britton y Jeff Eliot, el del ojo averiado, ocupaban sendas sillas muy cerca de la pequeña pista de atracciones, para no perderse detalle del ensayo del trío de esculturales féminas.

Bueno, en realidad, eran otras cosas las que no querían perderse, los muy zorros.

Fue el bizco el primero en darse cuenta de la presencia de Bruce Marlowe.

Inmediatamente atirantó el rostro.

—Eh, Britton —masculló.

—¿Qué?

—Marlowe acaba de entrar en el club.

—¿Marlowe...? —Respingó el pelirrojo, volviendo la cabeza.

—Y se dirige al despacho del jefe.

—¡Vamos, Eliot! —Gruñó Britton, saltando de la silla.

El bizco también abandonó la suya.

Corrieron los dos hacia la cortina roja que cubría la entrada del corredor que conducía al despacho de Gordon Carter, alcanzándola antes que Bruce Marlowe, al cual cortaron el paso.

Bruce los miró fríamente.

—¿Os apartáis por las buenas o preferís que os aparte yo a castañazos?

—¿Crees que porque pudiste ayer con nosotros, vas a poder siempre? —replicó el pelirrojo Britton, en cuyo rostro se veían las huellas dejadas por los puños de Marlowe.

—Hoy serás tú quien muerda el polvo, Marlowe —masculló Eliot, que tenía el ojo malo negro e hinchado, hasta el punto de que apenas podía abrirlo.

Bruce le colocó un puño en el otro ojo, el izquierdo.

Jeff Eliot desapareció por la entrada del corredor.

—¡Maldito...! —rugió Clark Britton, desplegando con rapidez el brazo derecho.

Bruce desvió la trayectoria del puño del pelirrojo y acto seguido le estrelló los nudillos en la boca.

El matón siguió los pasos de su compañero.

Bruce apartó la cortina y entró en el corredor.

Los dos gorilas estaban en el suelo.

Eliot se cubría el ojo zurdo con la mano, mientras se acordaba entre dientes de los parientes más cercanos de Bruce Marlowe.

Britton escupía dientes manchados de sangre, acompañados de alguna que otra palabrota.

Bruce fue hacia ellos.

El pelirrojo Britton quiso ponerse en pie.

Marlowe dejó ir la pierna derecha y golpeó duramente, con la

punta del zapato, en el maxilar inferior al matón.

Clark Britton lanzó un aullido.

Pero muy breve, porque el pelirrojo se durmió en seguida.

Jeff Eliot ya se había levantado del suelo.

Bruce burló el rechazazo que le envió el bizco, cuyo ojo bueno se le estaba poniendo rápidamente del mismo color que el malo, y respondió con un tremendo zurdazo.

Eliot regresó al suelo.

La pierna de Marlowe volvió a entrar en acción.

La mandíbula de Jeff Eliot crujió lastimosamente y el tipo dejó de moverse.

Bruce Marlowe caminó resueltamente hacia el despacho de Gordon Carter.

Como la noche anterior, entró en él sin llamar.

Carter estaba sentado en el sofá, jugueteando con Priscilla Turner, que se abrazaba a él, estrechamente.

Ambos respingaron al ver entrar a Bruce Marlowe.

Éste se quedó mirándolos, de modo especial a la tentadora pelirroja, porque en ella había mucho que mirar.

—¡Ése es el tipo que me deshojó la margarita, Gordon! —exclamó Priscilla.

—A Bruce Marlowe se le ocurre cada cosa... —dijo Carter, exhibiendo una sonrisa forzada.

—¿Cómo se ha atrevido a entrar sin llamar?

—Es su costumbre —respondió Carter.

—¿Por qué no lo echas inmediatamente del despacho?

—Porque no se iría.

—¡Llama a Britton y a Eliot y que lo echen ellos!

—Si Marlowe ha llegado hasta aquí, es porque antes les ha sacudido de firme a ese par de inútiles, que ahora deben de estar durmiendo en el suelo del corredor, seguro.

—Así es, Gordon —confirmó Bruce, y avanzó hacia el sofá, con el gesto duro.

Se detuvo ante éste, miró a Priscilla, y ordenó:

—Fuera del despacho, pelirroja, que quiero hablar a solas con Cáster.

—¡No me da la gana!

—Gordon, dile que se vaya o la sacaré yo a empujones.

—Será mejor que obedezcas, Priscilla —dijo el dueño del River Club—. Con Bruce Marlowe no se juega.

—¡Yo no le tengo miedo!

—Ancla, sé buena chica y déjanos solos —rogó Carter, pellizcándole la mejilla.

—Está bien —accedió ella, levantándose del sofá—. ¡Pero conste

que me voy porque tú me lo pides, no porque me lo ordene él!
Echó a andar altivamente hacia la puerta.
Bruce le dio una sonora palmada en el sitio de sentarse.
La pelirroja se revolvió como una fiera, despidiendo fuego por los ojos.

—¡Bruto!

—Hasta la vista, guapa.

—¡Ojalá le atropelle un autobús!

—Miraré bien antes de cruzar una calzada —sonrió Bruce.

Priscilla Turner se puso de nuevo en movimiento, alcanzó la puerta y salió del despacho, cerrando de un tremendo portazo.

Bruce dejó de sonreír y se volvió hacia Gordon Carter.

Éste inquirió:

—¿A qué has venido, Marlowe?

—A romperte la cara, Gordon.

Gordon Carter se encogió en el interior del traje.

—¿Qué mosca te ha picado, Marlowe...?

Bruce lo agarró por las solapas de la chaqueta y le obligó a ponerse en pie.

—Estoy vivo de puro milagro, Gordon.

—¿Eh...? —Pestañeó Carter.

—Ritter y Lawson.

—¿Qué hicieron...?

—Me sorprendieron en casa de Tim Sanford, me obligaron a entrar en su coche a punta de pistola, y me llevaron a un viejo molino abandonado. Iban a golpearme hasta hartarse, para que les dijese en qué lugar del callejón escondí las joyas. Me defendí, lanzándome sobre Ritter. Lawson disparó contra mí, pero se cargó a Ritter. Yo acabé con Lawson, utilizando la pistola de Ritter.

Gordon Carter se había quedado pálido como un difunto.

Empezó a temblar como un flan.

Con voz balbuceante, aseguró:

—¡Obraron por su cuenta, Marlowe, te lo juro!

Bruce le pegó con el puño en un pómulo y lo tiró sobre el sofá.

Después, apuntándole con un dedo, advirtió:

—No vuelvas a mandarme a ninguno de tus gorilas, Gordon, porque si lo haces, y ellos no acaban conmigo, vendré a verte y seré yo quien acabe contigo.

—¡Te repito que Ritter y Lawson no cumplían órdenes mías, Marlowe!

—¡Tú los mandaste a casa del viejo Sanford, para que le intimidaran!

—¡Eso es cierto! —admitió Carter—. ¡Pero no les dije nada sobre ti!

—Yo no robé esas joyas, Gordon, te lo repito una vez más.

—¡Mientes!

Bruce le soltó una bofetada.

—¿Y qué si miento, Gordon? Suponiendo que fuese cierto que yo las robé y las escondí en el callejón, mías son, puesto que yo y nadie más que yo ha pagado por ellas. ¡Dieciocho meses a la sombra, Gordon!

—¡Yo sólo trato de ayudarte a recuperarlas, a cambio de un treinta por ciento de lo que saque por ellas!

—No, Gordon, no. Te conozco bien. Cuando tuvieses las joyas en tu poder, ordenarías a uno de tus matones que me alojase un par de plomos en la espalda y así te quedarías con todo.

Carter enrojeció intensamente, porque Bruce Marlowe había acertado de lleno. No obstante, repuso:

—¿De veras me crees capaz de...?

—Sí, Gordon, te creo capaz. De eso y de mucho más.

—Me ofendes con tus palabras, Marlowe.

—No olvides mi advertencia, Gordon. Olvídate por completo de mí y de las joyas o te arrepentirás.

Dicho esto, Bruce caminó hacia la puerta y salió del despacho.

Clark Britton y Jeff Eliot seguían en el suelo, inmóviles.

De pronto, Bruce percibió un leve ruido a sus espaldas.

Se giró con asombrosa rapidez.

Descubrió a Priscilla Turner.

La pelirroja tenía un brazo en alto, cuya mano sostenía un palo.

Quiso descargarlo sobre la cabeza de Bruce Marlowe pero éste le sujetó la muñeca y lo impidió.

Con la otra mano, Priscilla trató de arañarle la cara. Bruce se la sujetó también.

—Quieta, fiera.

—¡Suélteme, maldito!

—Para que puedas atizarme con el palo en la testa o sacarme un ojo con las uñas, ¿eh?

—¡Tenía que cobrarme la palmada que me dio en...! —La próxima vez procuraré no ser tan brusco.

—¡Suélteme ya!

—Después.

—¿Después de qué?

—De haberte besado.

—¡Como lo intente le arranco medio bigote de un mordisco!

Bruce Marlowe, haciendo caso omiso de la amenaza de la deseable pelirroja, le puso las manos a la espalda, la atrajo con fuerza hacia sí y aplastó su boca contra la de ella, Priscilla Turner se debatió furiosamente.

Bueno, furiosamente, sólo al principio.

Después, más bien débilmente.

Luego, ni siquiera débilmente.

El ardor del beso la había amansado por completo. El palo le cayó al suelo.

Cuando, por fin, Bruce se decidió a dar por concluido el beso, Priscilla tenía una cara muy rara.

—Qué beso... —musitó.

—Especial para pelirrojas enfurecidas —sonrió Bruce.

—Ha sido salvaje de verdad, pero me ha gustado.

—Ya me he dado cuenta.

—390 de la avenida Frederick.

—¿Quién vive allí?

—Yo —sonrió Priscilla—. Apartamento 28-C.

—Ah, muy bien.

—¿Vendrás a verme alguna vez, Bruce?

—¿Y Gordon...?

—Gordon no besa como tú.

—De eso estoy seguro.

—¿Vendrás?

—Es posible.

—Si lo haces, no te arrepentirás.

—También de eso estoy seguro.

La sonrisa de Priscilla se tornó maliciosa.

—Podrías soltarme ya las manos, ¿no?

—Libres quedan —dijo Marlowe, soltándola.

Ella le cercó el cuello con sus brazos.

—Dame otro beso como el de antes, Bruce. Marlowe volvió la cabeza.

Como Britton y Eliot seguían sin dar señales de vida, complació a la apetecible pelirroja.

Después, se despidió de ella y abandonó el club. Como por el momento no le interesaba acercarse por el Royal Cinema, decidió que su «Dogde» continuase allí y tomó un taxi para dirigirse a casa.

Bruce Marlowe oprimió el botón del timbre del apartamento de Christie Russell.

La joven abría segundos después.

Lucía un ligero vestido a rayas blancas y rojas, que le dejaba al descubierto las rodillas.

Sonrió ampliamente al ver a Bruce Marlowe.

—Buenos días, Bruce.

—¿Qué tal, Christie? —sonrió también Marlowe.

—¿Se va a ver a su amigo, o viene de hablar con él?

—Vengo de hablar con él.

El rostro de la joven denotó una viva ansiedad.

—¿Le ha prestado los cinco mil dólares? —inquirió.

—No pienso responder a esa pregunta si no me invita a entrar.

—Oh, perdone que no lo haya hecho, Bruce, pero es que estoy tan impaciente por saber... Pase, por favor.

—Gracias.

Marlowe entró en el apartamento.

Christie le hizo pasar al *living* y preguntó:

—¿Le apetece beber algo, Bruce?

—¿Tiene ginebra?

—Sí.

—Sírrame dos dedos con un poco de hielo —solicitó Marlowe, sentándose en el diván.

—En seguida —sonrió Christie, acercándose al mueble bar.

Atrapó la botella de ginebra, escanció en un par de vasos, echó unos cubitos de hielo y caminó hacia el diván.

—Su ginebra con hielo, Bruce —dijo, ofreciéndole uno de los vasos.

—Gracias, Christie.

La joven se sentó a su lado y le miró.

—Bruce, no me tenga por más tiempo en vilo, por favor...

—Le diré lo que quiere saber en cuanto me haya pagado algo que me debe.

—¿Se refiere al beso?

—Naturalmente.

La joven sonrió.

—Chantajista.

—Oh, no se puede llamar chantaje a eso, Christie... Recuerde que usted me lo prometió...

—Sí, es cierto.

—No irá a faltar a su promesa, ¿verdad?

—Yo nunca falto a mis promesas.

—Que se vea.

Christie le aproximó el rostro y posó sus labios sobre los de él.

Pensaba retirarlos en seguida, al igual que hiciera la noche anterior, pero Bruce Marlowe le pasó un brazo por la espalda y presionó, al tiempo que la besaba expertamente.

Christie Russell aceptó el beso.

Casi un minuto después, Bruce separaba sus labios de los de ella.

Se miraron a los ojos.

—Bruce...

—¿Qué?

—Yo no le prometí un beso como éste...

—Lo sé.

—¿Por qué..., por qué me ha besado así?

—Quería demostrarle algo.

—¿Qué?

—Lo mucho que significa usted para mí.

La joven pestañeó.

—¿Qué..., qué quiere decir, Bruce?

—Usted sabe perfectamente lo que quiero decir.

—¿Se ha... enamorado de mí?

—Perdidamente.

—Oh, no...

—Le juro que sí. Y no piense ni por un momento que sólo trato de aprovecharme de las circunstancias. Me gusta su físico, porque es extraordinario, pero me gusta mucho más su forma de ser y de pensar. ¿Sabe por qué sigo soltero, a mis treinta y dos años? Porque hasta ahora no había encontrado una chica que me gustase lo suficiente como para casarme con ella.

—¡Bruce! —exclamó Christie, agrandando los ojos. Marlowe le tomó una mano.

—Christie, ¿quiere usted casar...?

—¡No lo diga! —gritó ella, brincando del diván. Marlowe frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, Christie...?

—¡Nada!

—¿Acaso hay otro hombre...?

—¡No!

—¿Entonces...?

La joven, muy nerviosa, rogó:

—No hablemos de eso ahora. Bruce, por favor.

—Christie, no comprendo...

—No haga preguntas, se lo ruego.

—Como quiera.

Christie se mordió el labio inferior.

—Bruce...

—¿Sí?

—¿Le ha prestado su amigo los cinco mil dólares? Marlowe sonrió suavemente.

—No existe tal amigo, Christie.

Ella compuso un gesto de extrañeza.

—¿Que no existe...?

—No.

—¿Y por qué me dijo usted que...?

—Usted estaba en un apuro, Christie, y quise ayudarla. Pero no podía decirle que yo era..., que yo era...

—¿Que era usted qué, Bruce?

Marlowe bajó la cabeza.

—Un ladrón.

—¡Bruce! —exclamó la joven, con expresión de absoluta perplejidad.

Marlowe volvió a mirarla.

—Sí, Christie, un ladrón... El más desgraciado de todos...

—¿Desgraciado? —Parpadeó ella.

—Mujer, ya me dirá usted si no es mala pata caer en manos de la policía la primera vez que uno se decide a robar.

—¿Le cogió la policía, Bruce?

—A la primera, ya se lo he dicho. Y a los pocos minutos de haber cometido el robo.

—Caramba, sí que es mala suerte...

Marlowe sonrió tristemente.

—Ayer, cuando nos conocimos, le dije que había estado fuera varios meses, ¿recuerda?

—Sí...

—Pues no estuve fuera, sino dentro.

—¿Dentro...? ¿De dónde?

—De la cárcel, naturalmente.

—Oh...

—Dieciocho meses justos, Christie.

—Mucho tiempo...

—Y porque me porté bien, pues el juez me había recetado dos años.

—Que penoso ha debido ser, ¿verdad?

—Muy penoso, Christie —asintió Marlowe, suspirando—. Tanto, que incluso antes de salir de la cárcel me juré a mí mismo que no volvería a robar jamás, ni aunque estuviese muriéndome de hambre.

La joven sonrió dulcemente.

—Eso está bien, Bruce.

—El gato escaldado...

Christie Russell volvió a sentarse en el diván.

—¿Qué clase de robo cometió usted, Bruce? —inquirió, muy interesada.

—Me colé de noche en una joyería, y me llevé unos veinticinco mil dólares en joyas.

—¿Tanto...?

—Y porque la condenada alarma se puso a sonar, que si no...

—Bruce...

—¿Qué?

—¿Cómo pensaba usted conseguir los cinco mil dólares que necesito para salir del apuro, robando otra vez?

—¡No! Acabo de decirle que me juré a mí mismo no volver a

robar por nada del mundo, Christie.

—¿Entonces...?

—Venderé las joyas que robé.

Christie abrió la boca.

—¿Las joyas que robó...?

—Sí.

—Pero..., ¿es que siguen en su poder...?

Marlowe sonrió astutamente.

—Dentro de mi desgracia, tuve suerte, Christie. Segundos antes de que la policía me atrapase, logré esconder las joyas en un callejón próximo al establecimiento en donde cometí el robo, y allí han permanecido hasta hace poco más o menos una hora. Ahora las tengo aquí, en el bolsillo de la chaqueta —dijo, tocándose el izquierdo—. Al tipo que tiene que comprármelas no podré verlo hasta la tarde.

Christie se fijó en el bolsillo que se tocaba Bruce Marlowe.

En efecto, abultaba ligeramente.

Marlowe añadió:

—No crea usted que me fue fácil recuperarlas, no. La policía sospechaba que las joyas estaban ocultas en algún lugar del callejón, y sabía que yo, tarde o temprano, me decidiría a ir por ellas, por lo que varios agentes lo vigilaban día y noche.

—¿Y cómo consiguió usted...?

—Me disfracé, para que no me reconocieran.

—¿De qué se disfrazó?

—De fraile.

—¿De fraile...?

—Sí. De la orden de San Gildo.

—¿De la orden de qué...? —Pestañeó Christie.

Marlowe carraspeó.

—Bueno, en realidad se llama la orden de San Hermenegildo, pero yo, para acabar antes...

Christie Russell no pudo contener la risa.

—Qué tremendo es usted, Bruce.

—¿No le importa a usted, Christie?

—¿El qué?

—Casarse con un hombre que se ha pasado año y medio en la cárcel por ladrón.

La joven ensombreció el semblante.

Dejó el vaso sobre la mesa y se levantó de nuevo.

Se aproximó al mueble bar.

Sobre él descansaba su bolso.

Christie lo tomó, lo abrió y extrajo un «Colt» del 38.

Apuntó con él a Bruce Marlowe.

Con voz oscura, dijo:

—Siento de veras tener que hacer esto, Bruce, pero es mi obligación. No soy bailarina, sino policía.

CAPÍTULO X

Bruce Marlowe fingió llevarse una sorpresa mayúscula.

—¿Usted policía?, Christie...

—Sí.

—Entonces, todo ha sido una trampa tendida por el teniente Lorimer...

—Sí, fue idea suya.

—Qué bien urdida...

—Sí.

—Y qué bien llevada a la práctica por usted, Christie. Ha representado su papel a la perfección, como si de una gran actriz se tratara. ¿Ha estudiado arte dramático?

—No.

—Pues nadie lo diría. Su actuación ha sido digna de un «Oscar».

—Bruce, por favor... —rogó la joven, con los ojos brillantes—. No haga que esto sea todavía más difícil para mí.

Marlowe sonrió con sarcasmo.

—¿Difícil para usted, Christie...? ¿O debo llamarla agente Russell?

—Puede seguir llamándome como antes.

—Muy bien, Christie. Debe sentirse muy orgullosa después de su éxito, ¿verdad?

—Me he limitado a cumplir las instrucciones recibidas. Era mi deber. Bruce.

—Qué ingenuo he sido, creyendo su historia... Y qué estúpido, confesándole que me había enamorado de usted...

—Bruce...

—Se habrá mondadado de risa interiormente, ¿verdad?

—Le juro que no.

—Sí, claro que se habrá reído a gusto. La cosa no era para menos... Apostaría a que es la primera vez que un ladrón le declara su amor a un policía.

—Tomé muy en serio sus palabras, Bruce.

—No me diga.

—Además, usted ya no es un ladrón. Lo fue por una vez, pero usted se juró a sí mismo que no volvería a robar, y yo estoy

convencida de que así será.

—¿Ah, sí...? —repuso Marlowe, sin abandonar en ningún momento su tono sarcástico.

—Plenamente.

—¿A qué viene esa súbita confianza?

—Me ha demostrado usted que es una buena persona, Bruce. No ha dudado en ir al callejón, por las joyas, aun sabiendo que estaba vigilado por varios agentes, y que podrían reconocerle pese a su disfraz de fraile y arrebatarlas en cuanto las sacase de su escondite. Y todo por sacar a una joven, prácticamente desconocida para usted, de un grave apuro. Eso no lo hubiera hecho jamás un mal tipo.

—De acuerdo, no soy un mal tipo. ¿Va a servirme eso de algo?

—De mucho, Bruce.

—Demuéstre-melo, guardando su pistola y dejando que me largue con las joyas.

—No puedo hacer eso, Bruce, y usted lo sabe.

—¿Ve como no me sirve de nada ser un buen tipo?

—Bruce, esas joyas que lleva en el bolsillo no le pertenecen, no puede quedarse con ellas...

—Las he pagado con dieciocho meses de cárcel. ¿Le parece a usted poco, Christie?

La agente Russell dio un suspiro.

—Veo que no razona usted. Bruce. Más bien que no quiere razonar.

—Pensamos de distinto modo, eso es todo. Lo que para mí es justo, no lo es para usted, y viceversa.

Christie se aproximó al teléfono, descolgó el auricular y se lo acercó al oído.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Marlowe, que seguía sentado en el diván, con el vaso de ginebra en las manos.

—Llamar al teniente Lorimer —respondió ella.

—Para darle cuenta del éxito de su plan, ¿eh?

—Sí.

—Qué contento se va a poner.

La agente Russell disco un número y pidió que le pusiesen al habla con el teniente Lorimer. Cuando éste estuvo al otro lado de la línea telefónica, Christie informó:

—Teniente Lorimer, Bruce Marlowe está aquí, con las joyas... Sí, sí, con las joyas... Logró recuperarlas de un modo muy original. Le daré los detalles cuando venga... Gracias, teniente... Hasta ahora, teniente Lorimer.

La joven dejó el auricular en las horquillas.

Marlowe sonrió con ironía.

—La ha felicitado, ¿verdad?

—Sí.

—Yo también la felicito.

—Gracias —dijo ella, seria.

—¿Me deja que le dé un beso en la mejilla, Christie? —preguntó Marlowe, haciendo ademán de levantarse.

—No se mueva, Bruce —ordenó la agente.

—¿Qué es lo que teme, que intente escapar...?

—No puedo, leer sus pensamientos, de modo que quédese sentado.

Marlowe suspiró.

—Está bien, no me moveré del diván.

—Eso es.

—¿Por qué no se sienta de nuevo a mi lado? —sugirió Bruce.

—Estoy bien de pie —respondió ella.

—Le doy mi palabra de que no intentaré arrebatarle la pistola.

—Por si acaso.

—Desconfiada.

—Tengo que serlo por obligación.

Marlowe la miró fijamente.

—¿Qué haría usted si yo intentara quitarle la pistola, Christie?

—Me vería obligada a disparar sobre usted.

—¿Sería capaz de matarme...?

La agente Russell sonrió ligeramente.

—Tengo buena puntería. Bruce. Me limitaría a herirle en una pierna.

—Podría dejarme cojo para toda la vida...

—Yo sería la primera en lamentarlo, créame. Por eso le ruego que se quede sentado hasta que venga el teniente Lorimer.

—Descuide, no me moveré del diván. Prefiero estar sentado ahora que cojo después.

—Sí, es mucho mejor.

Marlowe ingirió un sorbo de ginebra y dejó que su espalda descansara en el respaldo del diván.

Observó, en silencio, a la joven.

De arriba abajo y con detenimiento, como si la viera por primera vez.

Después, exhaló un suspiro y se lamentó:

—Con tantas chicas bonitas que hay en el mundo, he tenido que ir a enamorarme precisamente de una agente de policía... También es mala pata, hombre.

—¿Por qué mala pata? —preguntó Christie—. ¿Acaso las agentes de policía no somos mujeres como las demás? También podemos enamorarnos, casarnos, tener hijos...

—Eso es verdad.

—Usted no lamenta haberse enamorado de mí por el hecho de que yo sea policía, sino porque por mi culpa va a quedarse sin las joyas.

—Sí, creo que también eso es verdad —admitió Marlowe.

—¿Me odia usted ahora, Bruce?

—No.

—¿Está seguro?

—Claro que lo estoy. No se puede amar y odiar al mismo tiempo a una persona, ¿no le parece?

—Supongo que no.

Sobrevino un silencio.

Christie Russell pareció que iba a romperlo, pero, tras unos segundos de vacilación, continuó callada.

Tampoco Bruce Marlowe dijo nada.

El silencio, cada vez más embarazoso y molesto para Christie, fue roto por un prolongado timbrazo.

—Debe ser el teniente Lorimer —dijo Marlowe.

—Sí.

—Vamos, no le haga esperar, que tiene muy mal genio.

Christie, sin perder de vista a Bruce Marlowe, se acercó a la puerta y abrió.

En efecto, era el teniente Lorimer.

Los agentes Arnold y Erwin iban con él.

—Hola, Christie —saludó Red Lorimer, con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Pasen, teniente —dijo la joven.

Lorimer, Arnold y Erwin entraron en el apartamento.

Caminaron hacia el diván, seguidos por Christie.

—¿Qué tal, Marlowe...? —saludó Lorimer.

—De primera, teniente —sonrió Bruce—. ¿Y usted?

—Jamás me he sentido mejor.

—Lo celebro.

—Te dije que volveríamos a vernos, ¿recuerdas?

—Sí, lo dijo.

—Y así ha sido.

—El mundo es un pañuelo, teniente —dijo Bruce, bebiendo otro sorbo de ginebra.

Red Lorimer entrecerró un ojo con desconfianza.

—Te veo muy tranquilo, Marlowe...

—¿Hay alguna razón por la que no debiera estarlo, teniente...?

Lorimer se rascó la patilla derecha.

—Hombre, a mí me parece que, dadas las circunstancias, deberías estar molesto, irritado, incluso furioso.

—¿A qué circunstancias se refiere, teniente...?

Red Lorimer miró a la agente Russell.

—¿Dónde están las joyas. Christie?

—Las tiene en el bolsillo izquierdo de la chaqueta —indicó la joven.

—¿Cómo logró recuperarlas?

Christie se lo explicó.

El teniente Lorimer miró a los agentes Arnold y Erwin.

—¿Qué, no os dije que Marlowe era un tipo tremendamente astuto? Ya suponía yo que se disfrazaría de algo para poder cruzar el callejón sin ser reconocido.

Arnold carraspeó.

—Yo no vi pasar a ningún fraile, teniente.

—Ni yo —dijo Erwin.

—Debió cruzar el callejón antes de que vosotros, que perdisteis un tiempo precioso delante del Royal Cinema, llegaseis a él. Seguro que el sargento Maughan y los otros sí que lo vieron pasar. Pero, claro, cómo iban ellos a sospechar que era Bruce Marlowe disfrazado de fraile...

Arnold y Erwin no hicieron más comentarios.

Red Lorimer volvió a posar sus ojos en Bruce Marlowe.

Extendió la mano derecha y pidió:

—Las joyas, Marlowe.

—¿Qué joyas? —preguntó Bruce, con una sonrisa irónica.

—Las que tienes en el bolsillo izquierdo de la chaqueta.

—Lo siento por usted, teniente, pero en el bolsillo izquierdo de la chaqueta no llevo ninguna joya. Ni en el derecho. Ni en ningún otro.

El rostro de Red Lorimer empezó a congestionarse.

Sin mirar a la agente Russell, masculló:

—Christie.

—¿Sí, teniente? —preguntó nerviosamente la joven.

—¿Vio usted las joyas en algún momento?

—No... Pero él dijo que...

Lorimer maldijo a viva voz.

—¡Arnold! ¡Erwin! —tronó—. ¡Registrad a Marlowe!

Los agentes se apresuraron a obedecer.

Bruce no se opuso a que le revisaran los bolsillos de la chaqueta y del pantalón.

Todo lo que llevaba en ellos fue depositado sobre la mesa.

De joyas, nada, por supuesto.

Lo que había abultado en el bolsillo izquierdo de la chaqueta eran un par de hojas de periódico, meticulosamente dobladas.

—No lleva nada más, teniente... —dijo Arnold.

Red Lorimer volvió a maldecir.

Miró a Christie Russell.

La joven había enrojecido visiblemente.

—¡Marlowe nos ha tomado la cabellera, Christie! —rugió Lorimer.

—Eso parece, teniente... —asintió ella—. Principalmente, a mí...

Lorimer se volvió furiosamente hacia Bruce Marlowe.

—¿Cómo te diste cuenta de que era una trampa, condenado?

—Eso es lo de menos, teniente —respondió Bruce, sonriendo.

—¿Por qué nos has seguido el juego hasta el final?

—En primer lugar, porque me pareció que sería divertido. Y en efecto, lo ha sido.

—¡Lo habrá sido para ti!

—Y para la agente Russell también, seguro —dijo Bruce, mirando con ironía a la joven.

Ella enrojeció más.

Red Lorimer mugió:

—¿Dónde están las joyas, Marlowe?

—¿Cómo voy a saberlo, si yo no las robé?

—¿La has sacado ya del callejón?

—No he vuelto por ese callejón, teniente, ni disfrazado de fraile ni de nada.

Red Lorimer apretó rabiosamente los puños.

—¡Me desesperas, Marlowe!

—Tranquilícese, teniente, que los infartos de miocardio están de moda, y si sufriese usted uno por acalorarse tanto conmigo, me sentiría culpable.

—¡Cínico!

—Teniente, por favor...

Red Lorimer extendió un brazo y señaló la puerta.

—¡Fuera de aquí, Marlowe! —Rebuznó.

Bruce dejó el vaso sobre la mesa y se puso en pie cansinamente.

Tras dirigir una larga mirada a Christie Russell, que la joven aguantó sin pestañear, caminó hacia la puerta y salió del apartamento.

* * *

Después de que Bruce Marlowe se despidiese de ella, Priscilla Turner entró de nuevo en el despacho de Gordon Carter.

El propietario del River Club continuaba sentado en el sofá, y se pasaba suavemente las yemas de los dedos por el pómulo izquierdo.

Lo tenía enrojecido y algo hinchado.

Priscilla se acercó a él y se sentó a su lado.

—¿Te ha pegado, cariño...?

—¿A ti qué te parece? —Gruñó Carter, mostrándole el pómulo

lastimado.

—Pobrecito mío —musitó tiernamente la pelirroja, y aproximó sus labios al pómulo del gordo, con el propósito de posarlos allí con suavidad, pero él le pegó un zarpazo y no la dejó que lo besara.

—Estate quieta. Priscilla. No estoy para besitos ahora.

—¿Te duele mucho, Gordon?

—Claro que me duele. Bruce Marlowe pega duro.

—¿Quieres que te traiga un poco de hielo?

—No, déjalo.

—El hielo va muy bien para...

—¡He dicho que no! —gritó Cáster.

La pelirroja, dándose cuenta de que Gordon Cáster estaba incluso mucho más furioso de lo que parecía, se levantó y dijo:

—Será mejor que me vaya, Gordon.

Carter la miró de un modo que a ella no le gustó nada.

—Vuelve a sentarte. Priscilla.

—Gordon, creo que...

—¡He dicho que te sientes! —ordenó Cáster.

Priscilla obedeció.

Fueron transcurriendo los minutos, en silencio.

El pómulo zurdo de Gordon Cáster estaba cada vez peor.

De pronto, la puerta se abrió con brusquedad y Clark Britton y Jeff Eliot irrumpieron en el despacho.

La boca del primero producía escalofríos, pues los labios se le habían hinchado tanto que parecían dos salchichas de Francfort.

El segundo, con los dos ojos negros y prácticamente cerrados, tampoco ofrecía mejor aspecto.

—¿Dónde está, jefe? —Inquirió el pelirrojo Britton.

—¿Quién? —rezongó Cáster.

—Marlowe.

—Se ha ido ya.

—También a usted le sacudió, ¿eh? —dijo el bizco Eliot.

—Eso parece —gruñó Carter.

—Deberíamos acabar con él de una vez, jefe —sugirió Britton.

—Acabaremos, no te preocupes. En cuanto nos haya dicho en qué lugar del callejón escondió las joyas, lo mandaremos al otro mundo.

—¿Y cuándo será eso, jefe? —preguntó Eliot.

—Pronto, muy pronto.

Carter miró a Priscilla Turner.

La pelirroja había empalidecido.

De pronto, la mano de Gordon Carter ascendió veloz y se estrelló en la mejilla de la bailarina.

Priscilla dio un grito y empezó a sangrar por la comisura de la boca.

—¡Sujetadla! —ordenó Cáster a sus matones, al tiempo que se ponía en pie.

Britton y Eliot, perplejos, no se movieron.

—¡Sujetadla he dicho, estúpidos! —rugió Carter.

Los gorilas salieron de su inmovilidad y sujetaron a la pelirroja.

—¡Gordon! —gritó ella, muy asustada—. ¿Por qué me has pegado, por qué me sujetan tus hombres? ¿Es que te has vuelto loco...?

Carter le dio otra bofetada, ahora con la izquierda.

Priscilla volvió a gritar.

Carter, con los ojos relampagueantes de cólera, barbotó:

—¡Cuando Bruce Marlowe salió de aquí, te oí gritar! ¡Me acerqué a la puerta y pegué el oído a ella! ¡Lo escuché todo, Priscilla! ¡Cómo te besaba por la fuerza, cómo le pedías tú después otro beso como aquél, cómo le invitabas a ir a tu apartamento! ¿Entiendes ahora por qué te he dado dos bofetadas, y me dispongo a hacerte cosas peores?

Priscilla se sintió desfallecer de terror.

—¡No, Gordon, no! —suplicó.

—¡Sujetadla con fuerza, muchachos, que va a saber lo que es bueno! —masculló Carter.

Priscilla Turner suplicó de nuevo, pero fue inútil. Gordon Carter empezó a maltratarla cruelmente...

CAPÍTULO XI

Bruce Marlowe, tras el almuerzo, se introdujo en su dormitorio, se quitó la ropa y se echó en la cama.

Tendido de espaldas, y mientras consumía un cigarrillo, pensó en Christie Russell.

Luego, se durmió.

Un par de horas después, se despertó al oír el timbre del apartamento.

Se levantó de la cama, se puso los pantalones y la camisa, se calzó, y acudió a abrir.

Antes de descorrer el cerrojo, preguntó:

—¿Quién es?

—Priscilla.

Sí, era la voz de la pelirroja.

Marlowe abrió la puerta.

—Hola, Bruce... —dijo Priscilla Turner, sonriente.

—Qué sorpresa, Priscilla.

—¿Agradable...?

—Oh, sí, muy agradable.

—¿Puedo pasar, entonces?

—Ya estás tardando —sonrió Bruce, haciéndose a un lado.

La pelirroja entró en el apartamento.

Vestía pantalones azul celeste, muy ajustados, y una vistosa blusa, que también la ceñía lo suyo. Colgado del hombro izquierdo, llevaba un bonito bolso de piel.

Caminó directamente hacia el *living*.

Marlowe cerró la puerta, volvió a echar el cerrojo, y la siguió, observando el sugestivo balanceo de las amplias caderas femeninas.

Priscilla se detuvo delante del sofá y se volvió.

—No tenía nada que hacer y me dije: «Voy a hacerle una visita a Bruce Marlowe».

—¿Cómo diste con mi domicilio? —preguntó Marlowe.

—Lo busqué en el listín telefónico, porque suponía que tendrías teléfono, como casi todo el mundo.

—Claro.

—¿Me das algo de beber, Bruce?

—Enseguida. ¿Qué prefieres?

—Lo que prefieras tú.

Marlowe se acercó al mueble bar y preparó un par de bebidas.

Mientras tanto, Priscilla dejó el bolso sobre la mesa ratona y se sentó en el sofá.

Bruce, por estar de espaldas a ella, no vio el gesto de dolor que hizo la pelirroja al sentarse.

Con un vaso en cada mano, regresó junto a ella.

Le ofreció el que llevaba en la derecha y se dejó caer a su lado.

—¿Por qué brindamos, Priscilla?

Ella sonrió atrevidamente.

—Por la tarde que vamos a pasar. ¿Te parece bien?

—Muy bien —sonrió Marlowe.

Golpearon suavemente un vaso contra el otro y luego se los acercaron a los labios. Se miraron fijamente a los ojos mientras bebían.

—Bruce...

—¿Qué?

—¿No vas a darme un beso?

Marlowe se lo dio.

Quiso abrazarla al mismo tiempo, pero ella no le dejó.

A Priscilla le dolía demasiado el cuerpo, y si se dejaba abrazar por Marlowe, estaba segura de que no podría reprimir un grito y él descubriría que había sido maltratada salvajemente.

Marlowe la miró, con extrañeza.

—¿Por qué no permites que...?

Ella sonrió con malicia.

—Los abrazos para luego, Bruce.

—Si no quieres que mis manos te acaricien, tendrás que atármelas a la espalda —repuso Marlowe sonriendo, y trató de acariciarla.

—Bruce, por favor... —rogó Priscilla, impidiéndoselo—. Ten un poco de paciencia, hombre.

—Quieres hacerme sufrir, ¿eh?

—No, tonto. Lo que quiero es ponerme a tono primero —respondió ella, y volvió a llevarse el vaso a los labios.

No lo retiró hasta que no hubo ingerido toda la bebida, lo cual dejó muy sorprendido a Bruce Marlowe.

—Tenías sed, ¿eh?

—Sí, mucha —rió la pelirroja—. Y no he podido aplacarla del todo.

—¿Me estás pidiendo otro trago...?

—Sí.

—¿Es que quieres emborracharte, Priscilla?

—No, sólo ponerme a tono, va te lo he dicho.

—En fin... —suspiró Bruce.

Dejó su vaso sobre la mesa, cogió el que le ofrecía la pelirroja, vacío, se levantó y se dirigió al mueble bar.

Mientras él preparaba la bebida, Priscilla atrapó su bolso, lo abrió silenciosamente, extrajo un tubo diminuto y vació su contenido en el vaso de Bruce Marlowe.

Los polvos, incoloros, se disolvieron rápidamente en la bebida, sin dejar el menor rastro.

Priscilla guardó el tubito de nuevo en el bolso, cerró éste, y lo dejó donde estaba antes.

Segundos después, Marlowe volvía a sentarse a su lado y le entregaba el vaso.

—Gracias, Bruce.

—No hay de qué.

—¿Brindamos otra vez?

—Bueno.

—¿Por nosotros?

—Por nosotros.

Hicieron entrechocar nuevamente los vasos y cada cual se llevó el suyo a los labios.

Priscilla bebió.

Marlowe, no.

Se quedó mirando con fijeza a la pelirroja.

—¿Por qué me miras así, Bruce? —preguntó ella, con algo de nerviosismo.

—¿Qué me has echado en la bebida, Priscilla?

La bailarina empezó a quedarse sin color en las mejillas.

—¿Qué..., qué dices, Bruce? —balbució, mucho más nerviosa que antes.

—Es inútil que trates de disimular, Priscilla. Te he estado observando por el rabillo del ojo mientras te servía el segundo trago. Tu visita me ha resultado muy extraña, pero mucho más el que vaciaras el vaso prácticamente de un tirón. Y eso de que querías ponerte a tono, una tontería, porque tú no eres la clase de chica que necesita empinar el codo para mostrarse apasionada. Lo eres por naturaleza, no te hacen falta estimulantes.

La pelirroja quiso decir algo, pero no le salieron las palabras.

Marlowe, severamente, interrogó:

—¿Es veneno, Priscilla?

Ella sacudió la cabeza y exclamó:

—¡No!

—¿Algún somnífero?

—Sí... —musitó Priscilla.

—Te lo ordenó Cáster, ¿verdad?

—Sí...

—¿Por cuánto, Priscilla?

—¿Qué? —Pestañeó ella.

—Pregunto que cuánto te pagó el cerdo de Carter para que hicieras esto.

Priscilla Turner empezó a sacarse la blusa del pantalón, mientras las lágrimas acudían a sus ojos. Se la subió hasta cerca del busto, mostrando el estómago y los costados, donde se veían abundantes manchones negros y azulados.

Marlowe sintió que la sangre le quemaba en las venas.

Con voz ronca, inquirió:

—¿Fue Carter, Priscilla?

—Sí, fue él —respondió ella, bajándose la blusa—. Escuchó, a través de la puerta del despacho, lo que hablamos tú y yo en el corredor, y le sentó muy mal lo que te dije e hice. Ordenó a Britton y a Eliot que me sujetaran y luego comenzó a golpearme y a pellizcarme brutalmente. Me respetó la cara porque ya tenía pensado utilizarme para cazarte, pero el resto del cuerpo lo tengo lleno de señales... Cuando ya me había maltratado bastante, me propuso hacer esto, advirtiéndome que si me negaba, Britton y Eliot me matarían. Yo no quería hacerlo. Bruce, te lo juro, pero me sentí aterrorizada y acepté...

—¿Qué iba a pasar una vez hubiese yo ingerido el somnífero?

—Britton y Eliot están ocultos en el corredor, esperando que yo les abra. Carter les ordenó que te golpearan hasta que les dijese en qué lugar del callejón escondiste las joyas, y luego, que acabasen contigo.

—¿Van armados?

—Sí, los dos llevan pistola. Provistas de silenciador.

—Bien, van a llevarse una buena sorpresa.

—¿Qué piensas hacer, Bruce?

—Quedarme aquí, en el sofá, quieto y con los ojos cerrados, como si realmente hubiese ingerido el somnífero. Tú ve y ábreles. Pero antes sécate bien esos ojos y vuelve a meterte la blusa en el pantalón, para que no sospechen nada.

En el rostro de la pelirroja se reflejó el temor.

—¿Estás seguro de poder sorprenderlos, Bruce?

Marlowe sonrió.

—Confía en mí, Priscilla.

—Si no lo logras, no sólo acabarían contigo, sino también conmigo.

—Mira, puedes hacer una cosa. En cuanto veas que me lanzo sobre ellos, echas a correr hacia la puerta, sales del apartamento y pulsas el timbre del 13-F. Lo ocupa circunstancialmente una joven llamada Christie. Es policía, ¿sabes? Dile lo que pasa y ella vendrá a

echarme una mano.

—Así lo haré, Bruce.

—Anda, ve a abrir, preciosa.

Ella sonrió levemente, mientras se metía la blusa en el pantalón.

—¿Ya no estás enfadado conmigo, Bruce?

—En absoluto, Priscilla.

—Eres un gran tipo. Bruce.

—Y tú una preciosidad de chica —repuso Marlowe, y la besó en los labios.

Priscilla se secó los ojos con un pañuelo, se puso en pie y caminó hacia la puerta.

Bruce fingió estar dormido.

Priscilla abrió y asomó la cabeza.

—Britton... Eliot... —llamó, sin alzar la voz.

La pareja de matones se dejaron ver y se aproximaron rápidamente, penetrando en el apartamento.

Priscilla cerró la puerta y simuló echar el cerrojo, pero no lo hizo.

Clark Britton y Jeff Eliot se acercaron al sofá.

Priscilla les siguió, aunque se quedó algo separada del sofá.

Con los nervios en tensión, presta a echar a correr en cuanto Bruce Marlowe entrase en acción.

—Atale tú las manos a la espalda, Eliot —indicó Britton—. Yo le ataré los pies.

Cada cual sacó un pedazo de cuerda del bolsillo.

Britton fue el primero en inclinarse sobre Bruce Marlowe.

Fue también el primero en «cobrar».

El puño derecho de Bruce hizo explosión en la mandíbula del pelirrojo y lo tiró de espaldas al suelo.

Jeff Eliot se quedó petrificado por la sorpresa.

Pero sólo por un instante.

En seguida se puso en movimiento.

No tuvo más remedio, porque la zurda de Bruce Marlowe restalló en su cara con la potencia de un coletazo de cocodrilo furioso y se vio despedido hacia atrás con gran violencia.

Priscilla Turner ya corría hacia la puerta a increíble velocidad.

De correr así en unas Olimpiadas, medalla de oro segura.

Britton extrajo su pistola, una «Super-Star», provista de silenciador, como había advertido Priscilla a Bruce.

Marlowe dio un salto hacia él y le propinó una patada en el brazo derecho.

El arma del pelirrojo fue a parar varios metros más allá.

Bruce disparó la otra pierna, alcanzando en el costado al gorila.

Clark Britton se retorció en el suelo, dando alaridos, porque había recibido el punterazo en el hígado.

Marlowe se volvió rápidamente hacia Jeff Eliot.

El bizco ya tenía su pistola, una «German-Luger», igualmente provista de tubo silenciador, en la diestra.

Eliot apretó el gatillo.

En el mismo instante en que lo hacía, la punta del zapato de Bruce Marlowe chocaba contra su mano.

Por este motivo, la bala salió desviada y se incrustó en la pared.

Eliot no pudo efectuar más disparos, porque había perdido la pistola.

Quiso arrojarla sobre ella, pero Marlowe le propinó un patadón en el mismo sitio que a Britton, y el bizco se puso a dar chillidos, encogido en forma de bola.

Bruce se apoderó rápidamente de la «German-Luger» de Eliot.

También de la «Super-Star» de Britton.

Justo en aquel momento entró en el apartamento Christie Russell, seguida de Priscilla Turner.

La agente esgrimía su «Colt» del 38.

Marlowe sonrió.

—Le agradezco que haya venido, Christie, aunque, como puede ver, la situación está controlada.

—¿Se encuentra usted bien, Bruce? —preguntó ella.

—Perfectamente.

Priscilla corrió hacia Bruce Marlowe, se colgó de su cuello y le dio un gran beso.

Mientras lo recibía, Bruce miró a Christie Russell.

Se dio cuenta de que a la agente le estaba sentando aquello como un tiro.

Christie, ceñuda, se aproximó al teléfono y llamó al teniente Lorimer.

EPÍLOGO

Bruce Marlowe informó de todo al teniente Lorimer.

Incluso de lo sucedido en el viejo molino, donde continuaban los cadáveres de Buck Ritter y Henry Lawson.

—Van ustedes a detener a Gordon Carter, ¿verdad? —preguntó Bruce.

—Por supuesto —respondió Lorimer—. No sólo por haber ordenado a dos de sus hombres que te golpearan y luego te mataran, sino también por haber maltratado tan salvajemente a Priscilla Turner. Tanto Carter como éstos dos —miró a Britton y a Eliot, que ya estaban esposados y vigilados por los agentes Arnold y Erwin—, van a pasarse una buena temporada entre rejas.

—Es donde se merecen estar —opinó Priscilla, mirando a los matones con rencor.

—Usted tendrá que acompañarnos a la comisaría, señorita —indicó Lorimer.

Priscilla respingó.

—¿Es que van a detenerme a mí también...?

Red Lorimer sonrió.

—Por supuesto que no, señorita. Pero tiene que firmar su declaración...

Priscilla respiró aliviada.

—Les acompañaré con mucho gusto, teniente.

Lorimer volvió a mirar a Bruce Marlowe.

—En cuanto a ti, Marlowe, y a esas malditas joyas que no pareces estar dispuesto a devolver...

—¿Qué joyas, teniente...? —le interrumpió Bruce, sonriendo con ironía.

Red Lorimer rezongó una imprecación y ordenó:

—¡Vámonos!

El teniente Lorimer, los agentes Arnold y Erwin, el pelirrojo Britton, el bizco Eliot y Priscilla Turner salieron del apartamento.

La agente Russell no les imitó.

—¿Una copa, Christie? —ofreció Bruce.

—No —rechazó ella.

—¿Por qué está tan seria?

—Se burló usted de mí, Bruce.

—¡Hombre!, ¿y usted de mí, no...?

—No tenía por qué decirme que se había enamorado de mí.

—¿Por qué no, si era la verdad?

—No sea cínico.

—Jamás hablé tan en serio, Christie. ¿Quiere una prueba de que estoy realmente enamorado de usted?

—Si está pensando en darme un beso, olvídelo, porque no se lo voy a permitir.

—No es ésa la clase de prueba a que me refería.

—Entonces, venga.

—Espere un momento.

Marlowe se introdujo en su dormitorio.

Regresó poco después, con una pequeña bolsa de cuero en las manos.

—Aquí tiene, Christie —dijo, entregándosela.

La agente enarcó las cejas.

—¿Qué es esto, Bruce?

—Las joyas que robé.

—¿Eh...?

—Vamos, compruébelo.

Christie abrió la bolsa.

En efecto, allí estaban las joyas.

Antes de llamar al apartamento de la joven, Bruce había estado en el suyo y las había escondido en su habitación.

La agente Russell estaba perpleja.

Levantó los ojos y miró a Bruce Marlowe.

No acertó a decir nada.

Bruce la enlazó por el talle y la atrajo suavemente hacia sí.

—¿Disipadas tus dudas, Christie?

—¿Por qué lo has hecho, Bruce?

—Porque te quiero, ya te lo he dicho. Y como supongo que tú no accederías a casarte conmigo si no devuelvo las joyas, pues ahí las tienes, para que se las entregues al teniente Lorimer.

La joven sonrió coquetamente.

—¿Y si tampoco accediese a casarme contigo, pese a haber devuelto las joyas?

—Cometerías una tontería, porque soy un buen tipo.

—Vaya, qué modesto.

—Tú misma lo dijiste, ¿recuerdas?

—Sí, es cierto.

—Además, tú también estás enamorada de mí.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo leí en tus ojos.

—Oh, también sabes leer en los ojos de las personas...

—Te supo muy mal que Priscilla me besara.

—Priscilla es una fresca.

—Sí, pero no es mala chica.

—¿Piensas volver a verla?

—De ti depende. Si te casas conmigo, ya no necesito para nada a Priscilla ni a ninguna otra chica.

—¿Puedes mantener una esposa, Bruce? Es que yo tenía pensado renunciar a mi placa en cuanto contrajese matrimonio...

—Buscaré un empleo, Christie. Honrado, por supuesto. No se me da mal instalar y reparar aparatos de televisión, ¿sabes? A eso me dedicaba antes. No se me oculta que, por el hecho de ser un ex presidiario, tendré algunas dificultades para obtener el empleo, pero estoy seguro de que lo conseguiré.

—Entonces, no hay problema.

—Eso quiere decir que aceptas, ¿verdad?

Claro.

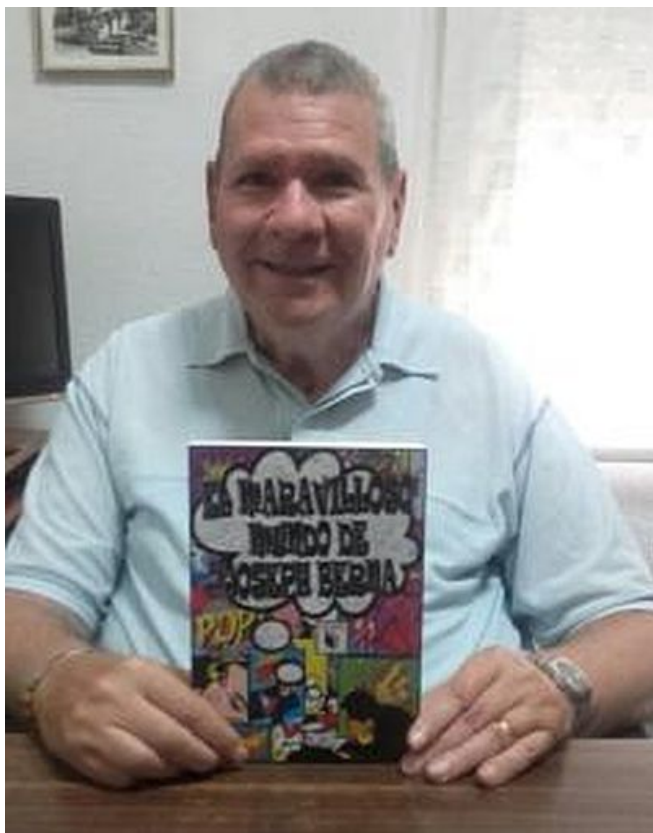
—Magnífico.

Bruce Marlowe la besó con vehemencia.

Christie Russell arrojó la bolsa de las joyas sobre el sofá, se abrazó a él y correspondió a la caricia.

Como debía ser.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y

más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».

**YA ESTAN A LA VENTA
LAS OBRAS INEDITAS DE**

M. L. ESTEFANIA

el famoso autor del género
Oeste, que en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

publica

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

en sus colecciones

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

Table of Contents

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo X

Capítulo XI

Epílogo

Autor